

BIBLIOTECA MANUEL PADORNO
ACADEMIA CANARIA DE LA LENGUA

Antología de Pedro Perdomo Acedo

EDICIÓN

DE GUILLERMO PERDOMO HERNÁNDEZ

BIBLIOTECA MANUEL PADORNO

Antología de Pedro Perdomo Acedo

© Herederos de Pedro Perdomo Acedo

© de la introducción, edición y notas: Guillermo Perdomo Hernández

© de esta edición: Academia Canaria de la Lengua, 2016

ISBN 978-84-96059-34-4

DL TF-760-2016

EL PRODUCTOR *Técnicas Gráficas*

Pedro
Perdomo Acedo
Antología

LECCIÓN DEL POETA

Se suceden imágenes del poeta: hay fotografías diversas, dibujos de trazo vigoroso y otros apenas insinuados; hay ese daguerrotipo fiel de la memoria, que no envejece, y allí está rodeado de otros, bajo rumor de palmeras y sombra de laureles... Siempre, su cabeza venerable de icono de piedra; y la mirada profunda, de inquisición enfadosa, que nunca se sabe de dónde viene. Más grave la voz, cuando se despoja de las gafas y llamean el pelo gris y las cejas grises, y se oye la rotunda retórica sonoridad de unos versos. Este hombre es aquel otro señor evocado por Lezama Lima, «auténtico primer instalado en lo nuestro, en su granja, canonjía o casa de regalo. Al menos yo lo veré siempre así; y diría que el cubano dijo de él, cuando hablaba del barroco que el leguaje al disfrutarlo se tensa y multiplica; el saboreo del vivir se le agolpa y fervoriza»: idéntico hervor. Añadiendo que «exige una dimensión: la de la gran sala, por donde entona la fiesta, con todas las arañas multiplicando su fuegos fatuos en los espejos, y por donde sale la muerte con sus gangarrías». Así veo a Pedro Perdomo Acedo, entre nosotros o por los vericuetos y rinconadas de nuestra poesía, en donde tan pocos han sabido reconocer esa *dimensión* que pide (él, su palabra); se me aparece señor opulento, «cincelador del idioma, glotón de sonoros y raros arcaísmos (...) Y de vocablos captados en *insólitos escorzos*» —eso dijo Juan Rodríguez Doreste; me he limitado a subrayar lo orgánico, lo visual.

Aquí quería llegar: su imponente figura, su boca devoradora (degustadora) de vocablos; mientras los pronuncia al saboreo, los lleva a ese espacio para que estallen con energía carnal. Hemos confundido –para nuestro perjuicio– derroche de ornamento vano, opulencia verbigerativa con verborrea. Porque nos deteníamos en la superficie (o peor, en el *negociado de los intereses*); y lo que el poeta nos dejaba ver –en el caso de Pedro Perdomo, y no menos en el de su ilustre antecedente, Cairasco– era siempre *monumento*; advertencia, reclamo sobre la doblez o hueco que se encierra en forma tan extremada. Contraste muy barroco para hacer patente el sentido elegíaco de la escritura; regreso sucesivo, con ella, al estado primordial («arena seca», «roca viva», «luz de agua»). Con el apresuramiento, la cuestión se zanjaba apelando al hermetismo, al artificio, a la rareza, como si fuesen limitación y cierre, y eran impulso mayor. El poeta dice: el arte es «esencialmente distinto de la vida»; y se atreve a más: «es caotizar el orden». El oficio, pues, una «búsqueda arriscada de la expresión»; deambular por lo raro y peregrino, luz del lado oscuro de las cosas. El poema, empeño de conocimiento antes que voluntad de confusión.

¿Pero conocer qué? Los extremos de la existencia: en la imagen apaciguadora, saber de la muerte («El silencio es la sombra del oído / y el gran enigma en esa sombra empieza»); en un revésado concepto –siempre carnal– vislumbres del amor («y dulzura de dos das confundida»). También, el nexo invisible que anuda ambos extremos a su centro: tierra o raíz o piedra («soy el sueño de una nube / en la piedra solitaria»); espacio para lo alto y lo fugaz, para lo que se ve y no se ve. No pudo ser más ambiciosa la apuesta del poeta, porque fue tentativa y aventura. Pero sin abandonarse al primer albur, con la madurez de una particular sabiduría, de «su mimado escepticismo» (Manuel González Sosa): lo común o vulgar metamorfoseado en lo insólito, o viceversa, acción golosa del tiempo; vida, palabra, cuerpo, el mismo debate: existir («sólo me encuentro conmigo / a donde quiera que llego / y a medida que cabalgo / al humo más me parezco»).

¿Y conocer cómo? En permanente debate con el lenguaje. Aquel desceimiento, mayor entonces, aunque no se haya sabido ver. Sin retórica no hay poesía. Pero no es cosa de museo, ni petrificado respeto indebido, diálogo con la tradición, tratándola de tú; sea la equilibrada simetría clásica (sonetos de rumor distinto), sea el desbordamiento sensual (contención intelectual) del barroco, sea la sorpresa reflexiva del romance, contra la viveza de su oralidad.

Maestría poética, la escritura de Perdomo Acedo, mas nunca satisfecha; en el retorcimiento orgánico y saboreo de gula ya anotados. Porque léxico y ritmo se alzan en continua resistencia frente a sus valores admitidos. Su familiar más próximo no está entre los mentores madrileños que soltaron su lengua discípula, ni entre quienes pudieron entender la vanguardia como servidumbre; sorpresa de parentesco con el peruano Carlos Germán Belli (1927): el desgarrón existencial de su tiempo adverso, en convivencia –intencionada convivencia y complicidad– con los clásicos españoles. Deslizamiento igual, el de Pedro Perdomo en su búsqueda mayor: la palabra y su dimensión necesaria, compartida con los maestros insulares de la poesía, del periodismo; y cuando se supo ya solo, volver la mirada a la tierra –la isla– despojándola de todo pintoresquismo («En la órbita de la espera / fugitivos horizontes / están tornándose piedra») y afirmar el pulso de su escritura en la compleja, rara síntesis del arcaísmo y neologismo, de reverencia retórica y atrevimiento coloquial. Lección del poeta: la rebeldía necesaria, la humildad debida. Aunque ni la una ni la otra sean nunca inocentes.

JORGE RODRÍGUEZ PADRÓN

[Jorge Rodríguez Padrón, «Lección del poeta», en *La Provincia*, Las Palmas de Gran Canaria, 15 de mayo de 1997.]

ANTOLOGÍA PRIMERA

Estoy plenamente convencido de que Pedro Perdomo Acedo, el Pedro Perdomo Acedo poeta, es uno de los personajes del panorama literario del siglo XX que aún (independiente de nacimiento o fallecimiento) tiene muchas cosas que decir y que aportar; un personaje que sigue siendo un misterio, entendiéndose ese misterio como un amplio desconocimiento de su producción (acaso próxima parcialmente tan solo a unos pocos que la tienen en alta estima), y entendido ese misterio también como cuál es su significación, su importancia y relevancia en el panorama de las letras canarias y aún en las letras hispánicas. Porque de él se han dicho tantas cosas y tan dispares que, siendo ciertas, tal vez no lo sean desde otro enfoque; se le ha aplicado encuadres generacionales y temporales que aun pudiendo ser válidos en determinados contextos o con determinados personajes, en su caso parecen haber sido superados; se le ha intentado aplicar visiones externas sin detenerse en las internas, en la mayoría de las ocasiones se le ha analizado y/o estudiado desde una tradición en la que no encaja del todo (y de la que se escapa) y se ha olvidado (o no se ha querido aceptar) que existen otras tradiciones.

Pedro Perdomo Acedo tiene un recorrido vital que abarca los tres primeros cuartos del siglo XX. Nacido en 1897, un 16 de mayo, en Las Palmas de Gran Canaria (y unido a Guía por vínculos maternos y hogareños), inicia su andadura profesional (y vocacional) tempranamente. En 1912 conecta con la prensa local

y realiza sus primeras colaboraciones en *La Provincia*, *Florilegio* y *Ecos*, aquel *Ecos* de Alonso Quesada, Tomás Morales, Saulo Torón, Francisco González Díaz... y también de Claudio de la Torre, de los Benítez Inglott, del joven Fernando González. Se forja en ese periódico que consolidó a la generación modernista en comunión con la siguiente (a la que no sé qué nombre ponerle para ser exactos y de las que dudo que no se traten de algo común o de lo mismo).

Después vendrá Madrid, un Madrid que va y viene en su biografía como una segunda residencia (acaso una primera). Ese Madrid aglutinador de la Edad de Plata que recibe con cordialidad a las islas adyacentes. Corre el año 17 y los estudios en la Escuela Superior del Magisterio, Barnés, Zulueta, la cátedra de Metafísica de Ortega, Ramón Gómez de la Serna, Juan Ramón... Años de inclinación filosófica y estética, *La Lectura*, *España*, *Revista de Occidente*, *Nosotros*... De manera imprevista para la mayoría surge la poesía, aflora tímida, íntimamente y habrá de asentarse hasta el final de sus días, 60 años después, en su ciudad natal, en otro mes de mayo, un 29, recién cumplidos los 80. Y durante este largo trayecto, predominio del silencio (del silencio público) roto ocasionalmente para dejar leve rastro, testimonio de la labor personal (e intransferible), breve muestrario de su urdimbre poética, de su íntimo y obsesivo andamiaje. Dispersas apariciones en periódicos y revistas y, entre 1943 y 1976, nueve títulos publicados. De ellos tres son *plaquettes*; otros tres se componen de un único poema, relativamente extenso, al que se acompañan de otros poemas; y los otros tres pueden ser considerados libros (por su extensión) que además se corresponden con momentos destacados de resurrecciones líricas.

Predomina el silencio voluntario o la reserva expositiva. Frente a la presencia periodística diaria contrasta la ausencia poética; continua dualidad que cohabita en su ser, aunque al periodista también le agrade ausentarse camuflado en las editoriales o en las secciones compartidas sin firma. Muchos escritos anónimos que impiden seguir las huellas de su labor periodística con claridad,

podemos traer como ejemplo las palabras que Perdomo Acedo le dirige a Rodríguez Padrón con motivo de la publicación de su *Domingo Rivero, poeta del cuerpo* (1967) en el que se refiere una nota sobre el fallecimiento del poeta en 1929 aparecida en *El País*: «Sin pretenderlo he sido, querido Jorge, un poco colaborador suyo, ya que la nota de *El País* fue redactada por mí.»

No sabemos los motivos de este proceder que se corresponde con una consciente actitud hacia el proceso creador, lo que sí sabemos es que la mayoría de su obra no se publicó y aún hoy gran parte de ella permanece inédita. Acaso ese hambre que sentía de unidad (como el sueño de una noche de agosto) y en el que se mantuvo constante, hizo convertir su celda en nido.

De Madrid a la ínsula. Regreso a la tierra natal con ganas de devolverle algo de lo aprendido. Apuesta por las islas. Son los años de la fundación de *El País* (1927-32), de la lucha conjunta de *La Rosa de los Vientos* (1927-28), de la Biblioteca de las Islas. Y nuevo retorno a Madrid. Ese Madrid que se le escapará de entre las manos al que se refiere tiempo después en «Con mi ánima nueva repatriada de pronto». Años de *El Sol*, de la Escuela Nacional de Ciegos de Chamartín... hasta que la guerra le devuelve definitivamente a las costas isleñas. Ya no habrá más salidas. Las cosas han cambiado. Vendrán entonces las publicaciones como entretenimiento y distracción de unos pocos. Son los tiempos de la *Colección para 30 Bibliófilos* de Juan Manuel Trujillo (1943-45) y las llamadas del *Halcón* de Valladolid de la mano de Fernando González (1948). De la reaparición del *Diario de Las Palmas* bajo su dirección (1952). Nuevos sueños y nuevas esperanzas que se montan en su *Caballo de bronce* (1953) y se desmontan pronto. Silencio nuevamente, silencio casi fúnebre hasta que vuelve a la vida con *Volver es resucitar* (1967). Trabajo constante y varios intentos fallidos de publicar las obras completas o antologías. Los viejos poemas se mezclan con los nuevos dando sentido a su labor creadora. Unidad, unidad, unidad, parece ir gritando el hambriento. En los últimos textos se retoman —como al inicio— las breves entregas del *Capitán mercante* (1971), *Luz de agua*

(1973) y, finalmente, *Última noche contigo* (1976) en un proceso casi cíclico.

Acaso antologar sea una de las tareas más complicadas (y siempre controvertidas) entre las filológicas pues se trata de poner un rigor nuevo a algo que ya de por sí era riguroso, se trata de poner una estructura y una forma nuevas sobre la obra de un autor a quien, normalmente nada se le ha consultado, además de recortar, suprimir, decidir qué sí y qué no forma parte de ese nuevo volumen y el porqué de esa decisión, ajena y distanciada al verdadero creador.

Si esta labor ya es de por sí difícil, hacerlo con Pedro Perdomo se complica por el sentido estructural de su obra. En libros como *Volver es resucitar*, milimetrado, diseñado centímetro a centímetro –en la fusión de poesía y viaje, de poesía y trayecto vital– eliminar un poema es suprimir, por ejemplo, una escala en Sevilla, un reencuentro con los nietos, un recuerdo aéreo de otro momento sevillano allá por el año 36. Perdida esta escala nuestro viaje lector será otro, muy distinto, al propuesto por el poeta. Sin embargo, sacrificado este acercamiento (al que siempre se podría volver, en caso de existir lector interesado, remontándose a los orígenes) esta antología gana en presencia pues permite una aproximación a Perdomo Acedo bastante novedosa y enriquecedora pues aporta una visión de conjunto (y abreviada) de una trayectoria más amplia a la simple edición y con una ordenación que tiene más relación con la creación que con los momentos reales de publicación.

Como rigurosa novedad se incorporan dos secciones de inéditos: una inicial de su época madrileña (1917-27) y una final en la que se recoge brevísima muestra de inéditos de distintas épocas. Se presenta además una recopilación de textos publicados en diversas revistas en el periodo de los años 20. Dos libros suyos publicados póstumamente, *Recitados lanzaroteños* (1998) y *Esqueleto del agua* (2008) pasan a formar parte por primera vez al conjunto de obras editadas de la mano del autor. Aunque en las fechas de redacción son próximas, puesto que

ambos libros forman parte de un mismo conjunto, se optó por situar los *Recitados*, en el mismo lugar que ocuparía la plaquette *Oda a Lanzarote*, aparecida en 1966 como especie de anticipo del proyecto que estaba en gestación. Con *Esqueleto*, sin embargo, se decidió situarlo después de *Volver es resucitar*, para resaltar el valor excepcional de esa publicación pues el oasis espacial del vuelo supuso el reencuentro del escritor con el arte de poetizar, cuando el escritor andaba sumergido en procesos creativos de mar y fuego, el aire le abre las puertas a un cielo visto ahora desde la propia altura, un cielo y un viaje que le hacen volver a brillar esa mirada de niño eterno que siempre le acompañaría y que le permitiría «ocultar deliciosamente entre nubes lentas aventuras del alma», como reza en la dedicatoria a las compañías Iberia y TAP, que posibilitaron ese viaje inaugural en muchos sentidos.

Sobre la obra que publicara Perdomo Acedo en el periodo de 33 años comprendido desde 1943 a 1976 (y que se corresponde con la publicación de los nueve títulos) podemos identificar una serie de rasgos comunes que determinan la aparición de sus publicaciones. En un primer lugar, podemos decir que predomina la ineditéz, es decir, que la no edición de sus poemas no parece preocuparle en demasía, sigue en la misma actitud casi desde sus inicios y que le llevó a no publicar ningún libro en los 25 años de su periodo inicial y de vanguardia comprendido entre los años 1917 (del que datan sus primeros poemas) y 1942 y en el que fue dando algunos anticipos en diversas publicaciones (*España, Nosotros, Suplemento Literario de la Verdad, Plural, Renovación, La Rosa de los Vientos, El País* o *La Tarde*). Ahora, en este segundo periodo romperá ese silencio en especial en *plaquettes*, breves impresiones literarias no superiores a 30 páginas, (*La muerte imaginada, Epitalamio sin fin, Oda a Lanzarote*) y aunque tengan formato libro, también debería incluirse en este grupo las ediciones de *Elegía al capitán mercante, Luz de agua* y *Última noche contigo*, extensos poemas a los que se les incorpora una segunda parte, «Botella itinerante», en el primer caso, los fragmentos de «Adiafa» en el segundo y «*Comunicatio interrupta*» que complementa el

tercero. En conversaciones con el citado González Sosa, uno de los grandes conocedores (defensores) de la obra perdomiana, me relataba el proceso de gestación de *Oda a Lanzarote* que iba a aparecer en su colección. Le había pedido unos poemas y le llevó la Oda. Cuando le dijo que podrían ser más, le añadió otros dos: «Semejantes al metro» y «Espárrago amarguero». La sorpresa del editor fue al comprobar años después que aquellos poemas formaban parte de un poemario de 23 composiciones que llevaría por título *Recitados lanzaroteños*.

Destaca asimismo la preferencia por colecciones minoritarias y de pequeñas tiradas. El que *La muerte imaginada* sea el primer número de la *Colección para 30 bibliófilos* y uno de los pocos que cumplió con la tirada limitada a la treintena, nos hace suponer que en el desarrollo del proyecto editorial, Juan Manuel Trujillo y Pedro Perdomo Acedo caminaron muy juntos. El que *Última noche contigo* fuera edición no venal, nos confirma esta actitud.

Que Pedro Perdomo publicara se debe en muchos casos a la solicitud de algún compañero. Ya hemos mencionado a Juan Manuel Trujillo y González Sosa, a los que habría que añadir a Fernando González, que en su colección *Halcón* de Valladolid, publica el que puede ser considerado su primer libro (por extensión), *Ave breve*. En los casos de *Elegía del capitán mercante* y *Luz de agua* sería la obtención del Premio de Poesía Tomás Morales en las convocatorias de 1970 y 1971, respectivamente. Es de extrañar que entre 1927 y 1932 cuando está dirigiendo en Las Palmas *El País*, y ha creado la colección Biblioteca de las Islas, en la que aparecen entre otros, textos de Félix Delgado, Claudio de la Torre, Luis Benítez Inglott, o Juan Rodríguez Doreste, no aparezca ninguno de su autoría (en alguna ocasión hace referencia a la edición malograda de Juan Nepomuceno Valdés). Caso aparte merecen *Caballo de bronce*, una apuesta personal del poeta, en un momento de apogeo personal que coincide con la dirección del reaparecido *Diario de Las Palmas*, o *Volver es resucitar*, que se corresponde con un momento de jubilosa febrilidad y que, en cierta medida, puede ser entendido como

un retorno, una vuelta ilusionada e ilusionante, a la escritura y a la edición que le devuelven a la vida. Dice Perdomo Acedo dos décadas antes de la aparición de este libro:

si al poeta, especialmente al lírico, le cabe un altísimo rango, frente a los demás cultivadores de las otras artes, es porque a él tan sólo le está permitido en vida proceder a una suerte especial de resurrección. Sólo que lo que resucita es su «antimundo»; lo que resucita no es su vida, sino el sueño de esa vida. Y sólo resucita lo que real y verdaderamente ha muerto; sólo alcanzaremos lo que real y verdaderamente hayamos dado. El mejor modo de poseer es entregarse plenamente.¹

Asimismo un factor que se reitera en sus publicaciones es la selección de materiales recientes, en los que se viene trabajando en esos momentos o que se elaboran expresamente para la edición y que en varias ocasiones se relacionan con trágicos desenlaces de algún ser próximo. Este hecho lo podemos vincular al origen de su vocación poética, pues si bien tenemos poemas iniciales de Perdomo Acedo fechados en 1917, su punto de arranque habría que fijarlo hacia 1919, tras el fallecimiento de su madre, María Acedo Valdés. Su primer libro, *La muerte imaginada*, lleva como dedicatoria un entrañable recuerdo a la hermana, «que era la paz en la del Señor»; la *Elegía del capitán mercante*, inspirado y dedicado al que fuera capitán del Viera y Clavijo, Eliseo López Orduña; la dedicatoria de *Luz de agua* «A Tomás Morales, lo que su muerte dolió (1921), sólo el grumete de la voz lo sabe»; y caso que evidencia esta frecuente comunión entre escritura reciente y muerte de un ser querido lo tenemos en *Última noche contigo*. En muchos de los casos el poeta deja constancia en la publicación de las fechas de composición: «Isla de Gran Canaria, 24 de marzo al 15 de agosto de 1944», en *Epitalamio sin fin* (1945); marzo-abril de 1969 para la *Elegía...* de 1971; agosto-septiembre de 1971, para la «Rapsodia Náutica» de *Luz de agua* (1973); y finalmente,

1 «Poesía y Volcado silencio», en *Alrededores de una poética*, Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria, 2003, p.60. (1944).

10 de abril de 1976 para «Última noche contigo [23-1-76]», y 20 de mayo de 1976 para «*Comunicatio interrupta* [24-1-76]», lo que nos indica que las publicaciones se realizan generalmente con materiales recientes, casi inmediatos y urgentes.

Mientras todo esto se sucedía en las profundidades, durmiendo en la penumbra, fuera de la vista, se iba gestando una obra en la que los poemas se iban trabajando pacientemente, sin ningún tipo de prisas, sin la necesidad de la exposición pública, acaso por una sencilla necesidad personal creadora. Alrededor de unos 1.500 poemas y variantes manejamos en nuestra base de datos. Bajo los títulos de poemarios extensos, Niño eterno, Humana embarcación, Hambre de unidad o Turbio río, estarían compuestas por secciones que llevarían como título (casi siempre provisional y usada como estrategia organizadora de la obra): «Albor de la sombra», «El rastro que no cesa», «Dios en cuerpo», «Tránsitos del aire en la duna», «Cristo bajo las aguas», «Las ínsulas entrañables», «Sin», «Sonetos del canario», «Sueño contestado», «Arquero de tu hermosura», «Poemas de trino y vuelo», «Vacaciones sin kodak», «Canciones a la sombra de los tarahales», «Libro de las exclamaciones», «Poemas de movilizad», «Elegías de Tamaragáldar»... Pero todo esto es esa abundante obra inédita en la que ha ido trabajando casi desde sus comienzos y cuyos poemas se van ordenando y reordenando constantemente. Sin embargo, esta ingente producción habrá de esperar que le llegue su tiempo. Tal vez en la siguiente reflexión del poeta podamos entrever cierta actitud hacia el hecho creativo-poético:

El auténtico poeta [...] realiza una obra que no tiene comienzo ni fin, que no se acaba de hacer nunca, que apenas es cuando ya ha dejado de ser, igual a esas construcciones de las nubes, siempre en perpetua realización y siempre en constante necesidad de reconstrucción; de suerte, que el poeta no es el caminante, sino el camino.²

Y sin embargo, a pesar del desconocimiento de la mayor

2 Ibidem, p.72.

parte de su producción literaria, la excepcionalidad poética de Pedro Perdomo Acedo es incuestionable –y no sólo dentro del panorama literario de las letras canarias– con un acento propio, una voz propia en la que el gusto por el vocablo insólito y preciso es llevado hasta el extremo en una continua tensión generatriz que potencia su fecundidad en el proceso creador: neologismos, arcaísmos, cultismos, término popular o jerga, terminologías científicas y profesionales, palabras en desuso, acepciones rebuscadas, extranjerismos, canarismos... desfilan con toda naturalidad por sus poemas en continua polifonía experimental en la que nada está dicho, en la que todo está por decir porque el poema en sí solo es un elemento más que le permite trazar un camino que le conduzca al descubrimiento de un territorio nuevo, porque prevalece desde sus inicios un principio renacentista que le llega de la mano de Luis de Zabaleta y es que en poesía

si se dice lo que los otros dijeron, es no haber dicho nada.
Decir lo que nadie ha imaginado, es ser otro poeta. Hallar
un camino nuevo, es ir al Parnaso; ir por donde los otros
han ido, es rodear para no llegar.³

Ese gusto por el léxico que caracteriza su obra (entre otras características) parece haberle llegado, directamente, de Ortega y Gasset, de quien fue discípulo en la Cátedra de Metafísica, cuando aún el poeta no había decidido serlo. En su semblanza del filósofo-maestro, Perdomo Acedo hace la siguiente observación:

Siempre nos aconsejaba Ortega –como parte de la sutil
estrategema profesoral– la pérdida cotidiana de una hora
entre las páginas de cualquier diccionario, que no es como
muchos creen, almacén de vocablos, sino la colmena
donde trabajan cuantos manejan un idioma para elaborar
esa homogénea quintaesencia que es el fruto último, ya
incorruptible, en la floración de la vida y en cuyas «aguas
arriba» busca el neologismo su estirpe.⁴

Acaso en esa «atención extremada al lenguaje» que indicara

3 Ídem, p.73.

4 «Tríptico de Ortega», recogido en *Alrededores de una poética*, Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria, 2003, p.112. (1953)

Ventura Doreste haya que aplicar al poeta las palabras que le dedica a su maestro al hablar de su léxico «que viviseccionaba para determinar la función de cada vocablo; de la técnica musculadora de las ideas [...]»

Desentimentalizaba los vocablos y retrayéndolos a sus orígenes, a la más expresiva elementalidad, hacía de ellos un uso más complejo, como creándolos de propia mano; y tras raerles cuantas adherencias les hubiera añadido su peripecia histórica los iba racionalizando en su propio mundo, vitalizándolos [...]⁵

Pero todo ese caudal léxico, en sí, o por sí solo, no sería más que un juego erudito si no se viese acompañado, indisolublemente de otro aspecto, probablemente también de raíz orteguiana, esa «búsqueda arriscada de expresiones» a la que se refiriera en su prólogo a las poesías de Félix Delgado, expresiones que permitan «navegar por espumas originales» hacia un «nuevo continente poemático». Para matizar su postura el poeta recurre en otro momento a Chesterton: «Es original, no en el despreciable sentido de ser nuevo, sino en el sentido más hondo de ser viejo; es original en el sentido que trata de orígenes.»

En varios momentos del aprendizaje orteguiano hace mención Perdomo a la necesidad de obtener la tercera e incluso la cuarta dimensión, como clave en la superación de la limitación creadora que permita a través de la metáfora, de la metáfora reactiva, nuevos puntos de vista y perspectivas inéditas y que, a su vez, muestren las cosas «como si apareciesen en el mundo por primera vez, recién nacidas e intactas; y por añadidura entrañablemente humanadas». Y es con esa mirada de niño eterno («Poesía es niñez concentrada», que diría Ortega) que Perdomo Acedo nos ofrece con «una respiración perfectamente definida»⁶, «su peculiar modo de mirar el mundo y de pensar la existencia», su particular

5 «Carta a Ventura Doreste», en *Alrededores de una poética*, Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria, 2003, pp.118-119. (1957)

6 Jorge Rodríguez Padrón, «Empecemos a decir que Pedro Perdomo Acedo», en *Oyendo lo que algunos dicen públicamente. Debates con la poesía española*, Madrid, Calambur, 2011, p.107.

cosmovisión y el carácter sagrado que le otorga a la escritura con la que el poeta busca que se produzca el milagro:

El milagro ha consistido en hacerle recobrar a la Poesía su sagrado carácter personal, independiente de alma y mundo —aunque sean alma y mundo quienes en definitiva les den sus materiales⁷.

Y ese carácter independiente y personal que mantuvo Pedro Perdomo Acedo a lo largo de su vida en la continua creación de su obra poética lo han conformado como *rara avis* dentro del panorama literario canario y español del siglo XX de muy difícil ubicación. Pues el resultado final ha sido la conformación de un corpus ajeno por completo a la actualidad fechada —como anunciaba allá por el año 25 en uno de sus artículos— en oposición a la actualidad sin fecha. Otra cosa bien distinta es que nuestra historiografía haya decidido deambular por periodos, fechas, lugares estanco, límites y parcelaciones donde la excepcionalidad y el carácter sagrado de lo poético poco (o nada) tienen que decir.

Vuelvo al principio: Insisto, estoy convencido que el poeta Pedro Perdomo Acedo es uno de los personajes del panorama literario del siglo XX que aún tiene algo que decir y que aportar porque aún sigue siendo un misterio. Bien es verdad que deberemos esperar a que vuelvan a interesar a alguien este tipo de misterios.

GUILLERMO PERDOMO HERNÁNDEZ

7 «Prólogo a *Índice de las horas felices* de Félix Delgado», en *Alrededores de una poética*, Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria, 2003, p. 24. (1927)

EDICIONES DE OBRAS DE PEDRO PERDOMO ACEDO

- 1943: *La muerte imaginada*. Colección para 30 Bibliófilos. Gran Canaria.
- 1945: *Epitalamio sin fin*. Colección para 30 Bibliófilos. Gran Canaria.
- 1948: *Ave breve*. Colección Halcón. Valladolid.
- 1953: *Caballo de Bronce*. El Arca. Gran Canaria.
- 1966: *Oda a Lanzarote*. La fuente que mana y corre. Gran Canaria.
- 1967: *Volver es Resucitar*. Colección San Borondón. Gran Canaria.
- 1971: *Elegía del Capitán mercante*. Cabildo Insular. Gran Canaria.
- 1973: *Luz de agua*. Cabildo Insular. Gran Canaria.
- 1976: *Última noche contigo*. Edición no venal. Gran Canaria
- 1990: *Antología Poética*. Biblioteca Básica Canaria. Gobierno de Canarias. [Introducción de Manuel Alvar.]
- 1998: *Recitados lanzaroteños*. Cabildo de Lanzarote. [Edición de Guillermo Perdomo Hernández, Preliminar de Manuel González Sosa.]
- 2003: *Alrededores de una poética*. Cabildo Insular. Gran Canaria. [Edición de Guillermo Perdomo Hernández.]
- 2008: *Esqueleto del agua*. Archipliego. Gran Canaria. [Edición de Guillermo Perdomo Hernández.]
- 2009: *Volver es resucitar*, Domibari Editores. Gran Canaria. [Edición facsímil. Introducción de Oswaldo Guerra Sánchez.]
- 2009: *Colección para 30 bibliófilos (Antología)*, Domibari Editores. Gran Canaria. [Introducción Guillermo Perdomo Hernández.]

BIBLIOGRAFÍA

- ALVAR, Manuel; «La poesía de Pedro Perdomo Acedo», introducción a *Antología poética*, Islas Canarias, Viceconsejería de Cultura y Deportes, 1990.
- ALONSO, María Rosa; «*La muerte imaginada*, de Pedro Perdomo Acedo», en Revista de Historia de Canarias, La Laguna, 1943.
- ALONSO, María Rosa; «Pedro Perdomo Acedo. *Epitalamio sin fin*», en Revista de Historia de Canarias, La Laguna, 1945.
- ALONSO, María Rosa; «Pedro Perdomo Acedo. *Ave breve*», en Revista de Historia de Canarias, La Laguna, 1950.
- ARENCIBIA, Yolanda; «Datos sobre una amistad», en *La Provincia*, Las Palmas de G.C., 15 de mayo de 1997.
- ARTILES, Joaquín y QUINTANA, Ignacio; *Historia de la literatura canaria*, Las Palmas de G.C., Excma. Mancomunidad de Cabildos, 1978.
- DORESTE, Ventura; «Pedro Perdomo Acedo: *La muerte imaginada*», en *El Museo Canario*, Las Palmas de G.C., 1944.
- DORESTE, Ventura; «Pedro Perdomo Acedo», en *Volver es resucitar*, Las Palmas de G.C., El Museo Canario, 1967.
- DURAND, René L.F.; *Pedro Perdomo Acedo*, Université de Dákar, Dákar, 1973.
- GONZÁLEZ, Fernando; «Los poetas y los libros: *Epitalamio sin fin* por Pedro Perdomo Acedo», en *Halcón*, Valladolid, 1949.

- GONZÁLEZ SOSA, Manuel; «Don Pedro Perdomo», en *Diario de Las Palmas*, Las Palmas de G.C., 19 de mayo de 1983.
- GONZÁLEZ SOSA, Manuel; *Díptico de los pájaros*, Las Palmas de G.C., 1997.
- GONZÁLEZ SOSA, Manuel; «Epitafio», en *Diario de Las Palmas*, Las Palmas de G.C., 23 de mayo de 1997.
- GONZÁLEZ SOSA, Manuel; «Preliminar», en *Recitados Lanzaroteños*, Cabildo de Lanzarote, Lanzarote, 1998.
- JURADO MORALES, José; «*Volver es resucitar*, Pedro Perdomo Acedo», en *Azor*, Barcelona, junio-septiembre, 1968.
- LÓPEZ ANGLADA, Luis; *Panorama poético español (1939-1964)*, Madrid, Editora Nacional, 1965.
- LÓPEZ ANGLADA, Luis; «Recuerdos de Pedro Perdomo», en *La Provincia*, Las Palmas de G.C., 15 de mayo, 1997.
- MURCIANO, Carlos; «*Elegía del capitán mercante* de Pedro Perdomo Acedo», en *Poesía Hispánica*, Madrid, agosto, 1971.
- NUEZ, Sebastián, de la; «Genio y figura de Pedro Perdomo. Primera etapa de su trayectoria poética», en *Archipiélago Literario*, Tenerife, 12 de marzo, 1988.
- NUEZ, Sebastián, de la; «La poesía contemporánea en Canarias: Dos generaciones de posguerra (1940-1960)», en *Zurgai*, Bilbao, 1992.
- NUEZ, Sebastián, de la; «Sobre sus últimos poemas (1966-1976)», en *La Provincia*, Las Palmas de G.C., 15 de mayo, 1997.
- OLIVER BELMÁS, Antonio; «Pedro Perdomo y el Suplemento Literario de *La Verdad*», en *Fablas*, Las Palmas de G.C., diciembre, 1977.
- GUERRA SÁNCHEZ, Oswaldo; «Introducción» a *Volver es resucitar*, ed. facsímil, Gran Canaria, DomibariEditores, 2009.
- PADORNO, Eugenio; «Luz de Agua de Pedro Perdomo Acedo», en *Fablas*, Las Palmas de G.C., noviembre-diciembre, 1973.

- PADORNO, Eugenio; «Primer y segundo significado», en *Diario de Las Palmas*, Las Palmas de G.C., 17 de mayo, 1997.
- PERDOMO HERNÁNDEZ, Guillermo; «Poeta del silencio», en *La Provincia*, Las Palmas de G.C., 15 de mayo, 1997.
- PERDOMO HERNÁNDEZ, Guillermo; «Bosquejo del poeta centenario (1897-1936)», en *Diario de Las Palmas*, Las Palmas de G.C., 17 de mayo, 1997.
- PERDOMO HERNÁNDEZ, Guillermo; *Ángel Olarte. Apuntes para una biografía del pintor alavés a través de la correspondencia con Pedro Perdomo Acedo*. Gran Canaria, DomibariEditores, 2009. [Prólogo Juan Manuel Bonet].
- PERDOMO HERNÁNDEZ, Guillermo; «Lo cósmico se afina en el desierto», en *La Opinión*, S./C. de Tenerife, 15 de septiembre, 2009.
- PERDOMO HERNÁNDEZ, Guillermo; «Brindis en homenaje a Juan Manuel Trujillo», en *Colección para 30 bibliófilos (Antología)*, Gran Canaria, DomibariEditores, 2009.
- PÉREZ ALVARADO, Miguel; «En las estancias del cielo», en *Revista Digital Cuatrimestral de la Academia Canaria de la Lengua*, Nº 6, S./C. de Tenerife-Las Palmas de Gran Canaria, 2016.
- PÉREZ MINIK, Domingo; «Oda a Lanzarote por Pedro Perdomo Acedo», en *La Tarde*, S./C. de Tenerife, 1966.
- QUINTANA, José; *96 poetas de las Islas Canarias*, Bilbao, 1970.
- RODRÍGUEZ BATLLORI, Francisco; «Elegía del capitán mercante, de Pedro Perdomo Acedo», en *El Eco de Canarias*, Las Palmas de G.C., enero, 1972.
- RODRÍGUEZ PADRÓN, Jorge; «Oda a Lanzarote de Pedro Perdomo Acedo», en *Diario de Las Palmas*, Las Palmas de G.C., 28 de julio, 1966.
- RODRÍGUEZ PADRÓN, Jorge; «Elegía del capitán mercante de Pedro Perdomo Acedo», en *Fablas*, Las Palmas de G.C., 1983.

- RODRÍGUEZ PADRÓN, Jorge; «Ochenta años de Literatura 1900-1980», en *Canarias s. XX*, Edirca, Las Palmas de G.C., 1983.
- RODRÍGUEZ PADRÓN, Jorge; «Una aproximación a la poesía de Pedro Perdomo Acedo», en *Lectura de la poesía canaria contemporánea*, Gobierno de Canarias, 1991, págs. 245-287.
- RODRÍGUEZ PADRÓN, Jorge; «Lección del poeta», en *La Provincia*, Las Palmas de G.C., 15 de mayo, 1997.
- RODRÍGUEZ PADRÓN, Jorge; «Diálogos con la poesía española de treinta años a esta parte. Ensayos de Pedro Perdomo Acedo», en *Algunos hitos de la literatura del siglo XX en Canarias*. Ediciones Clásicas. ULPG/Mapfre Guanarteme. Ayuntamiento de Arucas. Madrid 2008.
- RODRÍGUEZ PADRÓN, Jorge; «Empecemos por decir que Pedro Perdomo Acedo...», en *Oyendo lo que algunos dicen públicamente. Debates con la poesía española*, Madrid, Calambur Ensayo, 2011, págs. 107-137.
- SANTANA, Lázaro; «Laringe de barro», en *La Provincia*, Las Palmas de G.C., 15 de mayo, 1997.
- SANTOS, Dámaso; «Una mirada a las Islas Canarias», en *Pueblo*, Madrid, 29 de diciembre, 1971
- SANTOS, Dámaso; «Otro del 27», en *La Provincia*, Las Palmas de G.C., 15 de mayo, 1997.
- TORRE, Claudio, de la; «Eco de *Ecos*, en homenaje a Pedro Perdomo Acedo», en *El escritor y su isla*, Ayuntamiento, Las Palmas de G.C., 1974.
- VALBUENA PRAT, Ángel; *Historia de la poesía canaria*, Barcelona, 1937.
- VALBUENA PRAT, Ángel; *Historia de la Literatura Española III*, Barcelona, 1964.

PRIMERA ESTANCIA MADRILEÑA

(1917-1927)

EL tren entra en agujas con su torre de humo
y bajo la montera de cristales descendiendo
en el andén ruidoso
con la brasa minúscula de un extraviado incendio;
para borrar su rastro la multitud me absorbe
igual que agua rociada con fuerza en un espejo.

A la Ilusión he visto
con velamen de niebla tresmanando en el cielo,
y entre los materiales que el azar proporciona,
la incomunicable música del isleño
se me naturaliza, sin acento ni nombre;
y me acompañan cuantos a mi acción precedieron.

Primitivamente
oh castillo famoso, Madrid, ciudad de ensueño,
en esta prima noche libre y sabia
mi juventud completa sin retardarme entrego.

1917-1963

CÁTEDRA DE ORTEGA

IMPARTE luz su diestra
y apretando la piel de las palabras
las tornasola de vida y de sonrisa,
las hace dar el salto de la nada.

Con los ojos encinta
este maestro –si alguna vez los hubo–
exige, a la razón, más perspectiva;
al ala, vuelo más preciso en lo inseguro.

1918

VISITA

¡Y qué tiempos vivimos!
Foto de Ortega
y por debajo escrito:
“A Luis de Zulueta,
el político”.

1918

POMBO

LUZ en la cripta,
espumas sólidas,
rectas oblicuas;
luna en creciente
toda la vida
RAMÓN sonríe,
RAMÓN fulmina,
RAMÓN inscribe,
acuafortista
de lo invisible.

(Sobre 1919 o 20)

MUSEO PEDAGÓGICO

JERÓNIMO los mira
por “un si acaso”
de inesperada ausencia;
solo son cuatro
y acorralan los libros
estos hermanos
que evaporan la forma:
González Blanco.

1919

NO le contéis aún las horas
eternidad larga y ancha,
a mi angélico hormiguero
que no sé cuántas jornadas
he de seguir solitario
dándole compás al alma
con loco empeño de dejar mi huella;
ni cuánta extraña manzana
ha de pudrirse en mi mano
apenas ose tocarla;
ni dónde han de hallar su fin
mis turbias aguas humanas.

1920

ENTRE aurora y ocaso
veo viajar la belleza
que las aguas disuelven como grano de sal;
mas el primer virgen rayo de la aurora,
el que con un hilo de luz todo el día solea,
la esperanza me trae y con trajín alegre
me incita a reanudar la impalpable molienda.

1920

QUE sean mis versos poesía directa
y personal emanación del alma;
tenue rumor de voces de agua y tierra
como cautiva la apremiante playa
cuando de prisa, prematuramente,
sobre la arena se adelgace el agua;
ecos de las fatigas y entusiasmos
del que salvando la invisible trampa
siente surgir del corazón su himno
que una en el viento tierras separadas.

1920

PRESENCIA DE J.R.J.

AQUEL atardecer tuve la clave:
simplifiqué a la pluma su vestido
para volar desnudo en el eterno instante.

1920

ME limitaste, oh vida, lo infinito
y estás vaciando el cuerpo de su carne,
ya desembanderada del espíritu;
y los átomos locos del isleño
que el simún trajo, vuelven a su exilio.

1920-50

LA simetría de la lluvia
cambió de ritmo la nevada
y remolinos de azahar
sirven a un frío diferente;
y siento afónico mi canto,
que ahora interior, ha de evadirse
por el extremo de las ramas
que aún los verdos no han poblado.

1920

PRESENCIA DE VALLE INCLÁN

ESTA manga vacía
de don Ramón del Valle
se aprestó para irse con su mano,
mas opta por quedarse
y en un guiño del cuerpo
equilibra y prolonga la estela de su carne.

MONOTONÍA
de los pardos encinares;
por arenas resabiadas
va el confesor de los árboles
de tronco en tronco, escuchando
a las bellotas de almagre
en tanto deriva al sur
un Guadarrama volante
que en las rendijas del alma
introduce su paisaje.

1921

CINTURA de mujer, ay, geometría
engendradora de tu arquitectura;
ya no es el cuerpo cálida envoltura
que absorbe la terrestre medrosía

pues lo cercano palpitante enfría
sin repetirse la sensual figura
sino en la matemática locura
de la pizarra de mi fantasía.

Aspiras a cerrarte en lo dilecto,
brocal que esbozas, circunscrito a norma,
redondeles del nido aun en proyecto;

con qué consideración gira el trayecto
que da a lo puro suavidad de forma,
alma, sublimación, blanco perfecto.

1922

CUANTO tiempo ha pasado para poder llamarte
sin elevar la sílaba primera de tu nombre
o mirar a los cielos sin sentir la profunda
tristeza de tus ojos pesadamente azules.

A cuántas horas tuve que eliminar minutos
pasando por encima de desenvueltos pájaros
para decir “adiós” sin acoso de lágrimas
al amor que se fuera con su barco al garete.

¡Y el esfuerzo invertido en volver a llamarte
con la sutil ternura con que siempre lo hacías
diciéndonos ¡mi hijo! en tono tan profundo
que mi vida llenabas sin que tú lo adivinaras!

1923

TU tierra de isla pura mi corazón eleva
con surco impersonal, oh astro
que nada el resplandor del universo
y expande mi volcán acurrucado
con fósforo encendido para un extraño intento.

Mi somnolienta camarada es tu enemiga:
la noche en que no vibran los deseos.

1923-1962

YO también he albergado
inevitables canciones
en la estación original del año,
la de la ardiente exaltación;
y atravesó mi espíritu,
entre dudar y crecer,
la angustia del jilguero ensordecido
en su cerrado vuelo
bajo las silenciosas represas del cernícalo.
No juguemos más, ay, no juguemos
con el verdor secreto del destino.

1923

EXTRAÑAMENTE silenciosa
la luz del mar no canta
a tono con la ola.
Yo no sé qué divina
mano me la enmudece
y la obliga a callar
extrañamente.

1924

CAPILLA ARDIENTE

EN el Palace Hotel un camarada ha muerto
y al zafarle la estaca de la vida
a su inocente pugna de cordero
la docta casa le recibe
a hombros de los ángeles ateos.

1924

AL nivel de las vidas más humildes
se fue agarrando a tierra mi sendero;
no es que camine mucho, es que esas vidas
son las hondas raíces de mi cuerpo
y desangran un bálsamo infinito
para ungir al hermano insatisfecho.

1927

LOCURA de memoria
es no saber si ha sido
historia aquella historia
que viví conmovido.

Olvidar fue mi empeño
y hoy quiero recobrar,
en la piedra del sueño,
la vibración del mar.

1927

PRESENCIA EN PRENSA

(1921-1929)

POR LA VÍA DEL TREN, PARA ACORTAR LA RUTA

I

POR la vía del tren camino, para acortar la ruta.
Los rieles perdieron aquel fulgente brillo
que a prima noche gozan. Hay una soledad
sonora que gravita en mi alma. Tibio
vaho trasciende de los montes lejanos
y cada piedrecilla humilde del camino
tiene un alma nocturna que no todos conocen.
La niebla es profunda, silenciosos los grillos
como si se anegasen
en agua mansa de olvido.

II

MI corazón guarda el reflejo
de los luceros diamantinos
en las noches rasas y estivales,
y en voz de brisa vierten en diálogo divino,
la tierra en preñez de rutas y el cielo en preñez de auroras.
La brisa se me adentra hasta los entresijos,
pulsas mi sentimiento y se derrama en puras
cadencias sensitivas. Un rumbo sensitivo
tornan a su contacto mis fieles esperanzas;
armonía en lo hondo, soledad por defuera.
Yo prosigo
mi ruta ilusionada con una emoción nueva
en el tesoro oculto de mi sagrario íntimo.

III

LAS trincheras proyectan unas sombras adustas.
Pasea un hombre en la noche. Los metálicos hilos
del telégrafo sufren en eléctrica tortura.
Se insinúa a lo lejos la esfera del roló
cual decrepita luz de un astro mortecino.

[*Regeneración*, Ciudad Real, 23 de mayo de 1921]

EL REPOSO

BAJO el manto de acidia de la niebla
mis sentimientos rústicos reposan;
el otoño ha dejado su advertencia
sobre los surcos yermos de mi obra.

En su esquema vital mis emociones
todo el sentimiento cósmico laboran;
frente a la turba de las negaciones
aspiro a teorías silenciosas.

La amargura indecible del pasado
con mi quietud hodierna se entrechoca;
cual peregrino andante sólo quiere
ser un impulso eterno que reposa.

Cierto me advierte este temblor del alma
que de la luz suprema es clara sombra;
íntimamente y con voz muda dice
la aspiración futura y provechosa.

¡Oh mi mutismo, el intangible rastro
sediento de quedar, que me obsesiona,
como un silencio que se derritiera
a fuego eterno en personal retorta...
y si una palabra el corazón dijese
que hace mil años está en él, recóndita!

Fáltame libertad, coyunda ardiente
con que espíritu y carne se eslabonan,
para cruzar el insondable cielo
que ha reflejado la existencia toda.

Cuando se entrista el alma sólo espera
la gracia eterna de la eterna sombra.

[*España*, Madrid, 2 de diciembre de 1922, N°346, p.12]

OH CUERPO MATERIAL, CUERPO ROBUSTO

OH cuerpo material, cuerpo robusto,
forma de mi sustancia,
primoroso cobijo de mi sueño,
¿qué decir de ti si la eficacia
de mi labor futura, cuerpo mío,
a tu existencia está subordinada?
Todo mal que te hienda,
hendiéndome a mí el alma,
dejará sin albergue
mi esperanza.
El ruiñeñor interno necesita,
para cantar tus ramas

[*España*, Madrid, 16 de diciembre de 1922, N°348]

ITINERARIOS DE LA SOLEDAD

I

NO me daña, piedra, tanto
como este ignorar adónde
he de dirigir mis pasos.

II

TODA mi vida está
en este apetecer de lo infinito;
casi no soy
de tan anchas fronteras como tengo.
Ya es el monte llanura de mi planta,
ya las nubes son hojas,
a la deriva, en un inmenso río,
y el mismo mar
ya no es el infinito mar de infancia
que tanto quise, sino un charco
que ha de ir, fatalmente, evaporándose
en lo infinito de mi sueño cándido.

(1924)

III

IRRADACIÓN sonora
de un invisible ritmo,
que enhebra toda mi vida
a un ajeno destino,

concentra tu poder
sobre mi germen vivo,
sin esa indiferencia
que prefieres conmigo
y procura quemarme

en ardor encendido
de agudizados sueños,
irradiación sonora
de un invisible ritmo

(1923)

IV

ESTE camino
es un camino infinito.
Avanzo
y llego a su fin, sabido;
al descansar sé el sabor
que ha de tener mi descanso
y al dormirme ya calculo
que se apagará mi sueño
con la estrella más tardía
en apagarse.
¡Ay! Al empezar la jornada
todo se ha borrado menos
la silenciosa alegría
de descubrir, cada orto,
un camino diferente
que no sé donde termina.

(1922)

V

OH, si esta soledad no fuese
como un aire, que me trae
aromas de soledades,
más más cuanto más ajenas,
si no rasgase el horizonte
un nuevo matiz inédito
a la canción resabida
de una garganta vulgar;
si las minúsculas cosas
no me diesen cada día
simulacros de universos
porque pueda complacerse
mi contemplación humilde,
¡qué caminos de rencores
serían mis soledades!

(1924)

[*España*, Madrid, 1 de marzo de 1924, Nº411 p.8]

EL RITMO

AL huir de mí mismo
ya no sé si voy solo
o va alguien conmigo
Para salvar mi vida
el recuerdo más viejo
se me ha tornado niño
y silenciosamente
—como aguas de un río
al diapasón del aire—
ruedo sobre mí mismo
y me desdoble luego
en palabra y en ritmo.
Con mi música interna
el aire contamina;
es mi canto aire viejo
substanciado en mí mismo,
universal sorpresa
que me deja prendido
a su lírica lógica.
¡Y no sé si voy solo
o va alguien conmigo!

[*Suplemento Literario La Verdad*, Murcia, 23 de marzo de 1924]

LA VOZ Y EL ECO

I

ESTE callar constante
que me he impuesto
toda mi juventud
—estridencia interior, muy tierra adentro—
este perenne asimilar las formas
de un mundo incontenible, es mi silencio.
¡No lo quebréis jamás!
que en el reposo austero
de mi vida agitada
perpetuamente duele
la aguda espina del rosal de un eco.
¡No lo quebréis jamás!
Por agudo que sea este dolor
me es un constante reflorecimiento.

[*Suplemento Literario La Verdad*,
Murcia, 28 de septiembre de 1924, N°36]

POEMAS DE FLOR Y FRUTO

I

VIENTO del mar, acaríciame
como si fuese una rosa
substraída a tierra firme.

Como si fuese una hoja
del árbol del cielo, muerta
sobre tus aguas rizadas.

Como si fuese una nube
a quien la verdad interior
se le revelase piedra.

Cégate de amor por mí
y dame, resucitada,
capacidad de vibrar
a tu libre insinuación.

II

SENSACIÓN, espina con que todo se define,
que nos das los relieves personales
de las cosas perennes, redúcete hasta el límite
de aquella eternidad que voy soñando.

III

DURMIENDO junto a mí
tu voluntad se marcha,
como una hoja desprendida
con sólo el sol por única nostalgia,
el recuerdo lejano de tu hogar.

Y al despertarte, blanca, en la mañana,
te restregas los ojos cual si entonces,
herida por la luz más vigilante,
de tu impensado sueño regresaras.

IV

PERFECCIÓN, ven a mi alma
tardía; que todo en ella
siempre vaya al infinito
de su pensamiento interno;

sé para mí como el sol
que en cauces de luz ordena
todo el polvo desvelado
por la sonrisa del viento.

V

SIEMPRE es igual el término
de la emoción. No basta
quererle otro confín. Siempre recae
en la orilla vedada
de su sueño,
en la vulgaridad más inmediata
¡emoción mía: cielo mío:
forma interior de una visión extraña!

[*Nosotros*, Buenos Aires,
Año XVIII, diciembre de 1924, N°187, pp.420-423]

VERBENA

LOS cohetes se escaparon
de su laberinto de dedos
para modular su canto.

Bandada ardiente de trinos
sesgándome un sobresalto
en conflagración de ritmos.

Hasta las nubes gozaron
tan súbita primavera
prendiéndose en sus cabellos
tesoros de luces nuevas.

(¡Qué ardor instantáneo, el suyo
garantizando presencias!
¡Cómo simulan albores
de luz moderada y fresca
en el hielo de la noche!)

Adelantando sus manos
—pericia de nadador
que ha de rubricar el salto—
el aire hienden
camino de un cielo raso
mas la distancia se acorta
con setos de vil penumbra
y sin remedio se estrellan
en un escollo de sombra
que era, al parecer, espuma.

Mirad cómo descienden
sembrando plumas de fuego
con voluntad de pelele.

[*Plural*, Nº3, Madrid, 1925, p.25]

POESÍAS

I

CARACOLA complicada
memoria del mar
que en suaves oleadas interiores
va creando y deshaciendo
la filigrana preferida
y en cuya atmósfera, aire, tu no pesas
sino con la infinita ligereza de un sueño.

II

REFRENA el chopo al aire
ajando su carrera,
trasmisible y eterna,
con brindas de música entrañable;
y después se sumerge,
perpicaz nube seca,
en la emoción dinámica
de su música nueva

III

DESCUBRIENDO el misterio de su aroma
se abre la rosa al sol de la mañana
con una calidez que maravilla.
Su perfume sutil el aire embarga,
y lo convierte única rosa inmensa,
nube de aroma ásperamente intacta

que se infiltra, con el silencio mudo,
en el silencio sin olor del alma.

[*Suplemento Literario La Verdad*,
Murcia, 10 de octubre de 1926, Nº59]

UNO, DOS Y TRES POEMAS

I

QUISO robarte la aurora
el primoroso candor
—sin beso aún— de tu boca

y ordenó al viento
que encarujaran las olas
el cáñamo de tu cuerpo;

pero tu cuerpo era mármol,
era nube que, al tocarla,
quebraba todo su engaño

y, cansado de buceo
perdió tu rastro en la orilla
del mar, el viento,
sin alcanzar tu sonrisa.

II

SI el mar es un tambor,
que redoblen los vientos
sus miradas;

si peje-tamboril,
carden soles y lunas
sus escamas;

si nivel azul, su frío
alije pronto un fraude
de conmovida escarcha

y si sol,
dore los pasos
de su pie, la voz de su garganta.
¡Yo necesito –cordial, domesticado–
el mar para mi amada.

III

DEJA que el sol se marche
y guarda tus adioses
para cuando tú te marches de él, del sol.
Este irse suyo, en falso, oculto en arreboles
de una incógnita luz, trata tan solo,
de aumentar la nostalgia de otros soles.
No se merece, no, no se merece
las blancas lágrimas de tus adioses.

[*La Rosa de los Vientos*,
Santa Cruz de Tenerife, junio, 1927, Nº3, p.7]

FANAL ROJO EN LA NOCHE

ROJO fanal suspendido
cuyo grifo de luz se abre
sobre las aguas del puerto,
única gota de sangre
de la noche, que no se atreve a caer
ni a incorporarse
en la mar;
herida que nadie
enjuta
por el temor de marcharse
con su mismo dolor y su misma sangre;
sangre de vieja esperanza
por un camino impreciso
que nadie sabe;
rojo fanal cuya luz
como agudo dolor cae,
inmaterial, sobre el agua,
con ánimos de ausentarse!

[*La Gaceta Literaria*, Madrid, 15 de julio de 1927]

«La lírica canaria», por Ángel Valbuena Prat. [Se recogen los poemas a modo de antología de: Alonso Quesada, «Tierra de Gran Canaria»; Josefina de la Torre, «Mediodía»; Fernando González, «Tierra lejana»; Pedro Perdomo Acedo, «Fanal rojo en la noche»; Claudio de la Torre, «Canto de Gracia»; Luis B. Inglott, «Jesús sobre las olas»; Domingo Rivero, «Yo, a mi cuerpo»; Montiano Placeres, «Desolación».

SONETO MOMENTÁNEO

NO siempre habrá de ser claridad pura,
monotonía igual de igual venero;
hay que evadir el alma, ser minero
de lo que pasa momentáneo, y dura.

Hace falta neblina, alma de acero
que en su rostro me encauce la dulzura;
que el aire labre en viento su escultura
y se exponga a sí mismo en el estero.

Que la blandura del momento tenga
figuración carnosa y espontánea,
alma de piedra en su suavidad;
y sus eternidades entretenga
asiéndome en sus redes momentáneas
verde la huida de su claridad.

[*El País*, Las Palmas de Gran Canaria, 30 de marzo de 1928]

GRAVE ISLA SONORA

GRAVE isla mía, sonora
en tu albor crepuscular,
nido de otrora,
brinco de mar
en aurora;

quisiera que mi cantar
te pudiese trasladar
más allá de noche y día,
más allá de tierra y mar,
seno de melancolía
que no se puede agotar.

(1920)

[*El País*, Las Palmas de Gran Canaria, 24 de diciembre de 1928]

VERSO

1

¡AY, desierto interior, arena muda
que te pronuncia, sin querer, el viento.

2

YO he hecho crecer esa montaña
con sólo irla mirando.
Era aún pequeñita cuando pude
descubrir su secreto
que, sin cariño alguno, el horizonte
venía reteniendo en sus entrañas
cuando yo la miré con insistencia
de amor nutrido en largas soledades.
¡Y he aquí que la montaña,
protegida por mí, ya me protege
con dádivas crecientes de una sombra
de imposible soñar
cuando era, aún, tan pequeñita
que podía esconderla el horizonte!

3

HOY ha cantado,
repetida mar de trino,
un pájaro.
Las secas tablas
retoñaron
sobre el silencio activo de las aguas
y, momentáneamente,
se frotó, resbalando
con pereza,
fértil tierra invisible sobre el barco.

[«La nueva literatura», en *La Tarde*,
S/C Tenerife, 19 de abril de 1929, pág.7]

LA MUERTE IMAGINADA

(1943)

I

CON el cansado pie sobre el estribo
mi vida, sin cesar desengañada,
sale a doblar, en forma imaginada,
el último recodo sensitivo.

En mi experiencia, sólo en mí viajada,
ni un nimio rastro que borrar percibo
pues sólo salva el pensamiento en vivo
y mata toda eternidad fechada.

Mi itinerario, eternidad sin fecha,
la decisiva guarde siempre en blanco
hasta alcanzarte a ti, no mancillada

hora que escondes para mí la flecha
que el segundo fatal fije en el flanco,
cerrando la agonía así iniciada;

si su serena forma barruntada
con la real de la muerte coincidiera,
muriéndome en segundos no muriera.

II

¡MORIR, de pronto! Pero, vida, no:
ni tan lento que el rostro se acicale,
ni tan pronto el morir que no encristale,
con fe encendida, el alma que Él me dio.

Pesando el contra y repesando el pro,
sintiendo a lo fatal que se consuma,
la errada ligereza de la espuma
piedra fundamental se convirtió.

Su materia al palpar, casi inasible,
sin artificio creaba mi consuelo,
que ayer no más me pareció imposible:

cerrad mis ojos, suprimid los duelos,
la máscara traed de lo impasible
y el último calor muera en su hielo.

IV

REMO uncido por mí siempre a su estrobo
que a pasar por la angustia nos ayudas:
ya nadie el rostro de lo eterno muda,
ya el sol extirpa su carnal adobo.

Tomada de su espanto, el alma eluda
sus fatigas de ayer con lento arrobo,
de angustia eterna padeciendo el sobo,
mientras lo eterno su visión desnuda.

La angustia, que en lo actual da tanto ahogo,
trenza su ardid con temperancia muda.
El agua amarga más se va amargando

¡y aún en lo eterno no brotó mi bogo!
¡Y aún a los mares de mi limpia duda,
en forzada labor, sigo agotando!

VI

LA nave de Caronte emprenda el viaje
penetrando lo eterno con su quilla;
atrás va sumergiéndose la orilla
y estrenando está el alma otro paisaje.

Se abren y cierran en cualquier paraje
montañas de imborrable maravilla;
para luchar con esta pesadilla
pasó la hora del aprendizaje.

Aterra al pronto este existir bifronte
en que ya la existencia no hace pie,
y el corporal sentido está marchito.

No obstante haberse muerto el horizonte,
mi ceguera ve a Dios: lo que se ve,
cuando no se ve más, es lo infinito.

EPITALAMIO SIN FIN

(1945)

I

YO te bendigo, amor, porque en la muda
perfección de tu carne, enriquecida
de alma, devuelves a mi vida
el rango que alguien puso siempre en duda.

Celeste me haces, sólo con tu ayuda,
la tierra a tu virtud fiel prometida
donde habré de admirarte más vestida
cuanto más te me ofrezcas más desnuda.

Al tocarte, mi mano se hace cielo,
siendo de natural cosa distinta;
no una fracción me das, que me das toda

tu vida corporal, todo tu anhelo;
y así mi corazón, del tuyo en cinta,
te da el eterno fruto de estas bodas.

III

POR vez primera, amor, has traspasado
con la vena del gozo mis sentidos
sin que haya al cuerpo esta jornada herido,
pues era ruta al trance inigualado.

Junté al vivo placer nunca estrenado
las horas de la noche en mis oídos,
que de alma a alma limpiamente ha ido
la más honda pasión que he desposado.

Vida nueva le das al mundo nuevo.
Mi sombra ya no duerme en el camino,
ni al río el mar amargo el agua bebe,

ni en mis jornadas he de hacer relevos,
pues desposados nuestros dos destinos
fuego ha de dar aún la escondida nieve.

V

PUES que en mi carne a tu ternura siento
anegando a raudales sus riberas,
ya surcas, con entrañas marineras,
las altas mares de mi pensamiento.

Me has dado elevación en un momento
en que al faltarme perspectivas puras
ofreciste, a mi nueva singladura,
la túnica dulcísima del viento.

Tu tierna lumbre celestial trasciende
y al desvelarme el primitivo arcano
hallo otra luz que la que el sol enciende.

Tus llantos añadieron océanos
cuyo anchuroso ser nadie comprende;
seguridad, las anclas de tus manos.

VI

YA me punza al costado tu latido,
ya canta y trina mi naturaleza
y sabe que el perfil de la belleza
es un sueño que el hombre ha construido.

Un solo amanecer ha confundido
en máximo calor tu alta tibieza
derribando una noche de torpeza
que ágil alba sonriente ha renacido.

Ya la forma del mundo está en mi mano
y has resurgido, oh sol, entre mis venas
con un vigor que vence al del verano.

Tan presente en mí estás que ya si apenas
tu contorno distingo en lo cercano;
y de tu fruto están mis manos llenas.

IX

PERMÍTEME, mi Dios, que te devuelva
la gracia por tu mano derramada
en el rosal en flor como en la selva,
en la tierra en barbecho, en la labrada.

No ha de alegrarme más que la mirada
que hacia tu inmensidad rápida vuelva,
ni problema ninguno en que resuelva
otra verdad que la por ti encarnada.

Tan hondo y puro mi vivir ha sido
y tan de tu sustancia está empapado
que más vidas de una ya he vivido;

me diste mucho más de lo soñado
y antes que me haga piedra el duro olvido
te devuelvo, mi Dios, lo que me has dado.

A V E B R E V E

(1948)

I

BALADA DEL ENAMORADO

ME enamoré de la nube;
sí, me enamoré del aire
—contramarea de lo breve,
variación de lo invariable—;

verdad que me enamoré
—capullo, incienso, sol, cauce—
de la torre rematada
como del ramo portátil;

del perfume de su flor
y las formas de su cáliz;
de sus ojos, de sus labios;
de lo tangible e impalpable:

de su eterna melodía,
de sus fugaces instantes;
de las briznas de las hierbas;
de lo chico, de lo grande;

de cuanto se crea, sube,
y flor frágil, trino frágil,
—trozo eterno de su nada—
hinche el covanillo del aire.

BALADA DE LA PENUMBRA

DA a la luz lo oscuro. Nacerán entonces
nuevas palabras que a ti misma te confirmen,
con espigada claridad, con trompa bella,
lo indecible del misterio de tu noche.

En lo que el viento hasta ahora no conmueve,
en lo que la oscuridad va trabajando,
está la razón de ser en la penumbra.

Lánzate afuera

con el entrañable secreto que te pudre –aire apenas, todavía
silencio–
pues eres generosa estructura y sin ti no existiría
esta fragmentación que permitirá la pincelada eterna.

En las palabras que están aún por nacer en tus entrañas
conmovidas
hay una mano que separando las ramas que impiden verte
te mostrarán a mis ojos –como te sueña mi corazón– radiante y
pura.

BALADA DE LO INEFABLE

CUANTO más alto vuelles, más distante estarás de ti misma.
Enciende tu corazón meticoloso para que gima sin remedio
entre brasas de un fuego que ya no puede ser tuyo,
sino universal fuego de todos.

Este darte a mí en ti misma, rígidamente cantando tu tristeza;
esta monomanía de buscar los tremedales a la altura de los cielos
y sentir que los números se agitan,
perpetuamente sediciosos, para borrar las sumas de lo lúcido,
no es camino feraz.

Cómo te engañas
buscando el cielo en lo alto cuando el cielo
está en tu corazón, y no lo miras sino con desconfianza;
cuando no aciertas
—embrión de alondra, lenta fuente extática— a sentir su rumor.

Ay, la verdad que buscas se ha refugiado en ti
y su raíz celeste está en la arcilla que abandonó tu pie;
en el terrestre nido
que empolló en mí tu ambición lejos del cielo,
secretamente adentrada en lo humano, para olvidar lo humano.

BALADA DE LA GUAGUA

CADA vez que desciendo
—tarde, poema o guagua—
mi vida cae en ti naturalmente
y revuelves el orden de mi alma.

Pareces a una niña que se espera
pues siendo aun sólo no nacida entraña,
viento que nadie ha visto,
en nuestra vida celestial ya mandas.

¡Y aun no abriste los ojos, y aun no tiene
la edad del humo, tu infinita infancia!

BALADA DEL SUEÑO DE UNA NOCHE DE AGOSTO

CON paso de ave hogareña entraste en mi hogar,
tenue rayo de luz,
ocupando el sillón del homenaje con derecho propio de un rayo
de sol;
sentándote en mi corazón como en un trono, alegraste mi alegría,
y libertándome del cotidiano cautiverio
hiciste que viviese, con certeza que acaso sea una locura,
para siempre anheloso de tu compañía inmarchitable.

El hambre que sentía de unidad me la diste en este mundo
al embelesarme con tantos arrullos de palomas
y ofrecerme las alas que me llevasen lejos de esta tempestad
ocasionadora del continuo quebranto de mi corazón.

Como fruto de tan alta palmera
yo he hecho que tu reinado gobernase este mundo
pues, voluntariamente sometido a tu cautiverio,
nunca fui más libre, ya que,
cerrada la puerta de mi celda,
la convertiste en nido.

BALADA DEL VIERNES

NUNCA podré decirte lo que el viernes
para mí significa, porque el alma,
registrando el transcurso de sus horas,
ve transparentes viernes repintados de olvido.
Cada murmullo, sea profundo o débil,
moja mi enjuta arena
con la alada ilusión de su húmedo instante,
como esas gotas de rocío gordo
que dilatándose al caer sobre las aguas quietas
producen la ilusión de que los mares
comienzan a moverse,
mientras la extraña música
que el bochorno levanta en los zaguanes
nos asemeja a Dios, cuando los cielos
viera arrancar, girando como estas moscas,
sin desorden, en busca del armonioso destino.

Cuanto en la vida pudo engrandecerme
con su sí; cuanto no pudo abatirme,
siempre ocurrió este día sin ocaso
que no es principio ni fin de la semana
y superpone al infierno el paraíso.

Nunca podría decirte lo que el viernes
para mí significa, porque en viernes
todo me sucediera de modo inexplicable,
como si en él hubiera muerto,
como si en él ahora mismo acabase de resucitar.

BALADA DE LA ANGUSTIA

LO evidente se hace música:
arroyo, flor, trino, día,
Dios, espesura...

Y tu alma es sorda,
y tu palabra es muda!

II

BALADA DE LA INDIFERENCIA

NO somos nuestros ya
—ni sombra o luz siquiera—,
sino la nada que anheló ruin gente:
ennegreció su esponja el encerado
—pauta de mis sonetos y mis zéjeles—
y huele a olvido, a rosas sin vergeles.

Lo que no ha sido siempre
y pudo siempre ser;
lo que queriendo ser no ha sido nunca
—el aspa quieta, el aire insuficiente—,
coincidieron, no obstante, en lo absoluto;
en el ser que perdí, y en el que pierdes.

¡Y queda mucho aún! Queda aún el polvo
de nuestra vieja carne indiferente
—endúlzame, arco iris, la tormenta;
al fangoso camino, ennoblécelo, oh nieve—;
queda ir soñando que, en lo eterno, despiertas,
resurgirán las albas sin poniente.
Cuando ese día llegue
y decidas amarme,
te habrán de conmover los mismos ojos
que ya no te conmueven.

¡Nada puede acabar sin que comience!

BALADA DE LA MEDIA NARANJA

CÓMO, amándome, me engañas.
No ajustan bien rostro y máscara,
amor con amor, alba y alba.

Medio mediodía de luz,
busca medianoche exacta;
medio mediodía de sombra
complemento de luz diáfana.

En cenit opuesto, extraño,
jamás la media naranja
cubre —endulzando, amargando—
a la otra media naranja.

Algo lucífugo y agrio
se queda, sol a tu espalda;
algo luminoso y suave
huye, luna, entre alba y alba.

BALADA DE LA SONRISA INDESCIFRABLE

CUANDO ya esté tranquilo, y cuando el viento
su temblorosa arruga le oponga a mi reposo,
tu entraña polvorienta será clara
como un cristal, luciente
como una estrella, vagabunda
como las lágrimas del sol entre las hojas.

Y aunque se sienta a la torcida altura de los peces
y de los montes sumergidos en las aguas,
tú llegarás a mí como una sombra
que tape el mar, que superponga al ruido
esa sonrisa tuya indescifrable
que aún no sé si es amor o si es desprecio,
mientras trabajan en las oquedades de los montes,
los últimos albañiles del silencio.

BALADA DE LAS ESTRELLAS DESPRENDIDAS DE LOS OJOS

QUISE que fueras mi único astro incorruptible
en vez de luciérnaga encendida en la oscuridad,
a trasmano de los caminos que suenan a compañía,
mas desdeñaste la órbita ofrecida a tu ternura
y me hiciste habitar el país que se encuentra tras la tierra del
desengaño.

Desde entonces,
mis soledades adquirieron la humedad sumisa de las cuevas
encantadas
donde la curiosidad nunca ha podido descabezar un sueño,
y en las sábanas de mi lecho aparecen estrellas desprendidas de
mis ojos;
mis días son noches
y el misterio de la creación
confusamente va descantillando mi voluntad;
y no sé si el fin del mundo ha comenzado para mí
porque la música de las estrellas viene a recordarme
que es de púrpura nueva el final de la más larga noche.

BALADA DE LA AUSENCIA

COMO una sombra mía desertora
hoy la tarde te sorprenderá lejos de mí.
Otros aires estarán respirando tus pulmones
y otro ritmo se acompañará dulcemente en tus oídos.

Ya nunca más estaré presente en tus palabras,
y sin embargo, la ausencia de este sol no trae la noche
a mi desengañado corazón.

Lo que a mi desengañado corazón trae la noche constantemente
es otro motivo que acaso no comprenda jamás tu sentimiento:
el dolor de lo inacabado, la terrible tortura
de saber que truncaste el último acorde de mi vida
cuando sonaba exclusivamente para tus oídos,
con esa vibración final de los «allegros»
que embellece el orbe al expandirse
más allá de las alteradas orillas del devoto silencio.

BALADA DE LA BÚSQUEDA

TE he buscado con todo mi corazón ¿En dónde para
el aire incorruptible?

¿Fuera, dentro: en la luz;
tras de mi corazón, ante tu sombra;
en la ira que cruza despiadada
o en la tierna misión que me encomiendas?

Te he buscado con todo mi corazón. ¿Dónde te encuentras,
agua del mar inagotable?

BALADA DE LO IRREMEDIABLE

SÉ que en mi torno no hay sino un abismo.
Encima, debajo, dentro, afuera,
no hay sino tú, sonriente estafadora de mi vida.

Adondequiera que vaya,
el instantáneo mar de tus espumas;
dondequiera que mire,
alzarán su palacio tus tinieblas;
cuando duerma cansado,
inyectarás tu luz esplendorosa;
cuando más alto viva,
ha de matarme una palabra tuya.

BALADA DEL DESENGAÑO

YO no soy pescador, madre,
yo no soy pescador,
pues espanto las redes,
y a la pesca, no.

Yo no soy labrador, madre,
yo no soy labrador,
a las aves atiendo,
no a la recolección

¿Qué seré, madre? Dime;
dime qué seré yo.

Verde pino hallo en el mar
con una rosa, sin un piñón,
cantando mudo cantar.

III

ODA A LA MADRE

OH clara fuente de mi turbio río,
oh madre mía, oh madre, oh madre mía.

Las más hermosa de las ilusiones
desvaneció su dulce realidad inextinguible,
cual cauda de cometa
que vive aprisa un solo segundo de centrifugada lucidez
y tras inscribir
en la celeste arena enloquecedoras palabras fulgurantes,
niégase a convertir su pasión en la eterna ternura prometida.

Soñé verme tan grande entre sus brazos, tras pasar de un olvido
hasta otro olvido
—tú sola, estatua mía, en todo el aire—,
que al ver irse deshaciendo su deslumbradora fragilidad
y extinguiéndose para siempre tan delicada fulguración,
quedó señalada en la noche de mis ojos la invulnerable huella de
algún crimen.

Que nunca sepas por qué he vuelto, madre:
de espanto enloquecerías inútilmente
ante el destino del hombre enamorado:
amar el humo del extinto fuego;
ver extenuarse el sueño en la enmudecida escala del descanso,
que no puede salvarse sino en tramos de amor que por doquier
le faltan.

Ay, esta póstuma idolatría es irrenunciable,
y amenaza mi lucidez constantemente.
Ven pronto a mí, ceniza mía, como la aurora para el hombre
perdido a la intemperie.

Hoy me arrojan a ti, porque aun sabe mi cielo a su tan dulce
tierra,
y en el frío de la altura me anunciará el calor que no he encontrado.

Contra esta sombra, tu luz, cual si vivieras,
pues tu generosidad no se marchita. Necesito de ti
para conseguir que la rosa sobreviva a la piedra
y que con incomprensible erroró amamantes mis oídos, en el
mar sin orillas de lo puro,
impidiendo a mis labios
lleguen a maldecir a nada y nadie.

Necesito de ti. Haz que conserve
esa última espuma de la dignidad
sin la que las líneas de lo varonil se deshacen cual humo;
y déjame verter en tus oídos, que no existen, la desesperación que
apenas nace;
y pues también la naturaleza comete crímenes, fuera del orden
que orbitó la mente,
déjame juzgar que el amor naturalmente ha obrado contra mí.

Ay, cuán dulce ha de ser discurrir contigo aguas arriba,
dándole nombre exacto a cuanto ya no existe;
arribar a la entraña en donde toda memoria se ha extinguido;
sentir sobre mi frente las únicas manos que acarician
aun después de estar muertas;
cantar en dos sílabas la inmensidad del mundo que abandono,
y en lo que en ella no cupiere, en una sola indestructible.

Tus arrugas parecerán entonces
como esas manchas que, embelleciendo al sol, dan luz al alma
calor al mundo, tránsito a la vida.
¡A ti me arrojan, a tu amor inmenso,
oh clara fuente de mi turbio río,
oh madre mía, oh madre, oh madre mía!

BALADA DE LAS ONCE DE LA NOCHE

NINGÚN compás anima la sangre de mis venas,
ninguna brasa enciende de tan rápido modo mi corazón,
ningún rocío estremece de gozo a mis predios estériles
como la piadosa ternura que nace
al sonar para mí las once de la noche.

Es en esa hora precisa,
el alba desusada de mi reina me acoge
en la altura sin brillo donde mora,
y las cosas del mundo vuelven a disfrutar el nombre
que les da su recuerdo.

Entonces,
emano ondas de luz que repercuten sobre un lecho
que conoció eternamente la dimensión de mi ternura;
emito el profundo mensaje de mi silencio
para las estrellas anidadas en el entresuelo de la noche,
y el alma castigada renuncia a su rebelión contra el agravio.

No permitas, por tanto, Dios mío, que el nocturno reloj
deje de hacer gotear al tiempo, como el aire a la rosa,
y no niegues nunca a mis oídos la transeúnte alegría
de las once campanadas de las once de la noche.

Podrán entonces mis párpados
—que desconocen la medida de la luz que no beben,
pues no ven el fulgor de tus ríos sin cauce—,
abrir en el mismo seno de la oscuridad,
las piedras sin medula de sus niñas sin su imagen
para que broten fuentes de arroyos tibios para su amorosa
alabanza.

Haz, por añadidura, Dios mío,
que cuando mi flor abandone ese último pétalo
que permite todas las olas se fundan en una ola,
no me haya de faltar el descanso a Ti fervorosamente rogado;
y haz que suenen, de modo perdurable,
las once de la noche en mis oídos,
las once exactamente,
sólo las once.

BALADA DEL REMOLINO EN FLOR

VUELVE a mí, vuelve a mí, aún no renacida ilusión;
salga de su apatía tu forma resbaladiza, y dejaremos de ser
como los que sueñan y no hinchén el mar con sus dulces
corrientes.

En el agua que bebí lentamente entraste sin ser vista,
y continúas tu existencia en el seno de un ser
que para siempre ocupaste por sorpresa.
Vuelve a mí, vuelve a mis ojos, errante sol de piedra
que actuabas y dejabas de actuar en la febricitación de mi sangre
como el día y la noche de los mundos,
resembrándome en el pecho la simiente de la esperanza.

Más que nunca necesito de ti, oh ilusión;
aunque seas el poniente de la más luminosa existencia.
Tiene la noche que atravieso magnitud insondable, pero no basta;
no me basta la compasiva luz inasequible de las estrellas
que en la orilla de los cielos, al igual de tantas nubes,
oscilan como líquenes de la bajamar
alterados por las corrientes que van visitando la restinga;
necesito el remolino en flor de tu azucena,
y nuevamente, entre tus brazos puros,
ver cómo arde la choza del sol, otra mañana al menos.

BALADA DEL TIEMPO QUE HABRÁ DE VOLVER

VENDRÁ un tiempo (sí, ese tiempo vendrá,
pues lo anuncian los profundos asurcamientos de mi rostro),
en que lloremos enjuta arena solamente
y la roca viva de este cuerpo sin enfermedad
se esparza sin tener ya peso alguno.

Cuando ese tiempo llegue, nuestra forma
será sólo un recuerdo;
y un recuerdo también este vivo soñar
de mañana distinto
con tu voz y tus manos por refugio,
lejos ya del presente de las primeras lágrimas
que no afloraron a mis mejillas por tu culpa.

Cuando ese tiempo llegue,
y sea sólo arena dispersada
este ser que ahora soy,
podrá el tiempo transportarme
de remolino en remolino
con su fría llama en acción que nunca acaba,
como si fuera uno de los zafros de la bóveda celeste;
y así podrá lucir mi grano sin destello
—tuyo, como la última lágrima de mis ojos—,
en su órbita inmensa.

Cuando ese grano último
vague en la soledad de su recuerdo,
sé que ha de enloquecer, y a cada hoja
que encuentre en su camino
tres toques, tres, dará, tres toques suaves,
por ver si el cielo
franquea sus entrañas a mi desventura
como cuando, al triple golpear de mis nudillos,
se abría por sí sola la puerta de mi amada.

ODA A MI RUISEÑOR

A ti, ave que para siempre
enardeciste mi corazón hasta el delirio,
ambiciosa de sed más que la arena,
este postrer gorjeo angustioso,
entre la última expansión luminosa de mis alas,
antes de que el prestado trino de los astros solamente
sea quien pueda pronunciar por mí las tres sílabas de tu nombre
amadísimos.

De mí te alejas implacablemente, para poner límites impalpables
al grito en celo de la humanidad que no canta,
oh corazón que no cuenta sino con su universo armonioso para
envoltura,
y a pesar de las tempestades, modulas esa dulce voz de la
naturaleza
que está por encima de todas las leyes naturales,
tu trino inmortal,
pues desde esa altura en que vives se pierden los divinos rasgos
con que en ti lo imperceptible se hace patente.

Ahora que están a punto de envolverme
las tinieblas que hicieron posible la luz de la creación,
cuando aún conservo el último pétalo de la hermosa flor de mi
juventud
y amenaza cerrarse la noche de mi espíritu
—donde sólo viven las sombras que deshizo tu llama
junto al verde pimpollo de tu inmarchitable primavera
imprevista—,
quisiera tener el rígido volumen de que disponen los cuerpos,
cuyas sombras el tacto no percibe,
para elogiar desinteresadamente las tres sílabas dulcísimas de tu
nombre querido.

En tanto osas penetrar en las celestes profundidades,
y con vacilante vuelo, te detienes
ante el límite infranqueable de la voluntad del Creador,
tu canto es quien te eslabona a la infinita cadena de los mundos,
oh músico astro errante a quien la selva es orbe
de esa partícula de sol que se despereza en tu garganta
hasta expresar íntegramente el afligido ay de la creación
con arpegios que los humanos jamás conoceremos,
dominados por esta angustia donde, para el cósmico balbuceo,
sólo una vez amanece.

El titubear de tus alas se parece al de mis manos de río sin fortuna
a las que hundo en el agua que limpia, y tiembla jadeante,
y vibra siempre a mi contacto
—y juntamente con su cauce ahonda, de manera insensible,
el de mi lastimado corazón
que, como una montaña al atardecer, ya es por mitad luz y
sombras.

BALADA DEL ESPÍRITU

MADRE:

tú y yo tenemos en común la sangre
—o memoria feliz: siglos enteros—;
la sangre que le diste a mi vida
y que a tu muerte doy por alimento.

Sólo una sombra, oh madre,
sólo una sombra nos impide vernos.
Sin hurto alguno, aun cuando no quisiera,
crecer mi libertad al ir sintiendo
tu paso por las venas, que son mías;
mis venas, por el polvo de tus huesos.

¡Lo que no tengo es todo lo que tengo!

CABALLO DE BRONCE

(1953)

ALBA

UNA clara luz me cerca,
una voz le corresponde:
la espátula del oído
hiñe vocales colores,
e inesperadamente
el alba del trino rompe
arboleda de mis nervios,
retamal de mis tendones.

Muy mal pudo una garganta
edificar tantos orbes
que, aunque efímeros, desprenden
los más canoros pichones,
sin que el vago humo del alma
no colaborase entonces,
no como polen y flor
sino cual polen y polen.

Devolviendo ecos prestados
o dando auténticas voces,
salir podrán de esta jaula
primorosos ruisñores,
jamás blasfemos, con nuevas
de sus lascivos albogues
a esperar siempre el mañana,
porque mañana no es hoy.

ETERNIDAD

¡SI yo pudiera llenarte
de eternidad; ser eterno
oscuramente contigo,
los dos pulsando el silencio
de la existencia común;
si en el amor que te tengo
cupiesen la eternidad
intacta, sin desencuentro,
y todo el aire templado
que te peina los cabellos,
con alacridad ordenada,
siempre errante atrevimiento,
en rodajas de limón
te iría cortando el tiempo!

NOCTURNO INVERNAL CON LUNA

QUÉ tarde te descubrí,
colina toda de brumas,
cerrada la noche, cuando
videntes cuevas auscultan
sus cremalleras de luz
y en un rajón de penumbra
cañamones de sonido
va resembrando la lluvia,
mate mortero de mármol
sumergido en agua turbia,
que al recuerdo y la olvidanza
trabaste en presente lucha;

en otra noche más mía
—porque era toda pregunta
de claridad no gastada—
vi tu naranja madura
contra el espejo, en la alcoba,
como un insomnio que fuma,
sin que lo mueva al amor
nada que acabe en la tumba.

FIEBRE

SORPRENDIDO entre los ramos
donde las almas esconden
junto a la fuente de angustia
el misterio de su noche,

un angélico instrumento
en el azar del desorden
le afina su transparencia
a los ébanos insomnes.

Divinos halla frenados
los ardorosos redobles
que a flautas enamoradas
tañen lejanos tambores,

y en la brújula del sueño,
sembrada de vivos soles,
pisa febriscientes tramos
de invisibles interiores,

cuya ascensión determina
el tuétano del azogue
en canalillo de plata
y arrayanes a los bordes.

ANGUSTIA

LA música está en el aire,
el silencio me reclama:
no puedo escuchar a nadie,
no puedo decirte nada...

Soy el sueño de una nube
en la piedra solitaria.

BALADA DE LA NIÑEZ SIN RÍO

JUNTO al sueño de una nube
en la piedra solitaria
está naciéndome el río
que nunca tuvo mi infancia.

Con la música en el aire,
con las notas en el alma,
con la fuerza permanente
que aun a los montes desgrana,
y los chopos, ondulados
por la timidez del agua,
a ninguna parten llevan
mis pretéritos de escarcha,
sino que llevan mis duelos
al mismo pie de muralla
donde empezaron sus vidas
los que en el agua se embarcan.

Y ante la oscura belleza,
diáfananamente fizada,
veré su rostro de sombra,
seguro islote del alba;
con todo el mar a mis pies
y el cielo sobre las aguas.
Sólo he de decir, al verla,
si algo he de decir: *Estaba
quien llora cuando no llego,
quien llorará cuando salga,
y bogue en la estrella mía
el remo que le faltaba.*

INHIBICIÓN

CUERDAMENTE ha obrado amor
inhibiendo su estandarte.
¡Ahora!, le ha ordenado el tiempo;
¡aquí!, le grita el paisaje,
a quien, cual agua de un río
o el crepúsculo en la tarde,
tiene tan ancha presencia
que en lo visible no cabe;
ni en el día repentino
que ven rumiar los volcanes.

CABALLO DE BRONCE

TAMBIÉN rumiantes los ojos
del verde fruto del fuego,
cuando todos mis reposos
siguen sin cesar moviendo
la interna constelación
que restituye a lo auténtico,
sobre un caballo de bronce
volví a hallar al niño eterno
en un belén muy remoto
excarcelado al recuerdo.

HITA su plasticidad,
ancha la cruz, noble el pecho,
dos cascos firmes en tierra
y el otro par en un sueño,
sobre una plaza de ruido
tornose hinnible el silencio,
que, eternamente espumado
con el latitante freno,
va a vencer basa monstruosa,
y, tras consagrarse al céfiro,
salir escalando el orbe
sin dar forma a su descenso;
y al piafar brotan sus crines
cual torbellinos de fuego
para cazar a la andada
por las tierras del remedio.

CON la aljaba sobre el hombro
llena de herbolados hierros,
se halló el monarca absoluto
conmigo, que quiero serlo.
Como a mano rodeada

estrenas distribuyendo,
me dio lo que a nadie ha dado,
nueva luz con su sol nuevo
y la natátil dulzura
de los panales maestros:
diome la voz derribada
cuyo compacto silencio
penetra en el corazón
sin responder al recuerdo.

NOMBROME su sucesor
con gran parte de su imperio,
y para elevar el alma
con la elevación del cuerpo
en las ancas más seguras
mi asombro encontró su asiento.

PORQUE se hallaba vendado
para no padecer cercos,
que son trastornos del alma,
mudas hogueras del sexo,
acicate dio al corcel
como a mi inquietud el anhélito,
y al levantar sin violencia
todo el ecuestre archipiélago,
con estáticas corvetas
fue a lo lejano rompiendo
el perfume de la sal
mariposeante en el heno;
entrepanadas sazones
deja atrás, bebe los vientos
y, salvando a las montañas
sus despedidos oteros,
sigue al ave volteadora
de mi angélico instrumento.

TAN maravillosamente
adivinara el secreto
de mi caracol de nieve
en la infinita del tiempo,
que horas, minutos, segundos,
días, años y milenios,
sobrenaturalizados,
me buscan en nube o suelo
las cuajadoras facciones
que, dando rostro a mi sueño,
recen la santa oración:
mas no ser niño, ser cielo.

JINETE en un panorama
inaccesible al regreso,
secretamente respiro
el aire de mi destierro;
y tanto sueña el corcel
con la herencia de los sueños,
que agrava el árido impulso
y encabritando los miembros
se me excede en la evasión,
sigue sin pausa corriendo,
no sé si tras la esperanza
o agitándose al recuerdo
del amor que no regresa
por ser pájaro pequeño.

CON la bruta resonancia
de los peores agüeros,
y añadiéndole más sombra
a mi procesión de espectros,
salí en busca de otras ansias:
sólo las más encuentro;
sólo me encuentro conmigo
a donde quiera que llego,

y a medida que cabalgo
al humo más me parezco
que nos devuelve el estío
en el sopor nocherniego;
y al romper sombra tras sombra,
cual quien nace de su seno,
sentí a la palabra real
prendida en un tizón nuevo;
que la araña de la voz
teje el próximo silencio.

TRAS la latitud remota
del desviado hemisferio,
velé muy largas jornadas
sin engendrar polvo trémulo,
y autofugitivamente
la naturaleza abrevio,
ya en las albas donde nazco
o en las noches donde duermo,
pues del naciente al ocaso,
cuando casi nada es nuestro,
advirtieran mis delirios
que se van descomponiendo,
dócil tierra ex labrantía,
piedras del hogar paterno...

DESPUÉS de un oblicuo cambio
de sonoridad y silencio,
mudo me quedé a la postre,
aunque conservando al menos
la población del oído
en el latir de los ecos,
que por ser todos profundos
me dan la gloria en silencio
para que, huyente de mí,
no me transforme en recuerdo.

NO habré de quejarme, amor,
ya sabes que no me quejo,
porque el fruto de mis ramas
recargue pródigo exceso;
sí que me dejaras solo,
que duermas cuando yo velo
el avance de las hierbas
por el camino consueto,
no evitándome las brasas
con que me queman los dedos
los ardores carmesés
que aventa el Hércules negro;
ni habré de quejarme más,
que es fumívoro el silencio
y llamas perecederas
son la eternidad del fuego.

¿DÓNDE hallará mi fortuna
la magnitud del sosiego?
Duermen los dioses menores,
aunque Dios no está durmiendo;
cuando se embelesa el mío
en la miel del medio cielo,
apenas cierra los ojos,
mano en rienda me gobierno,
para traspasar mis noches
con el día venidero;
salgo a riberar; me faltan
los vasallos y escuderos;
lo que no tiene mi vida
es la riqueza que tengo.

LUZ ya libre de mudanzas
surge en el bronce y no puedo
romper tanta plenitud

cuando es más mío mi dueño
y las primeras arenas
ya estoy pisando al desierto.

ENTONCES, mudo de pasmo,
me descorazono y suelto
las dos riendas enemigas
del amoroso deseo;
y al dividir la dulzura
de azándar y amargo almendro,
aunque ya no vive flores,
sino en panal que no encuentro,
como enjambre a su piquera
con mis pensamientos vuelvo
donde proseguir la estirpe
que canta sobre el silencio.

UN sol sucede a otro sol,
porque el que busco está aún lejos,
y la más alma hermosura
reside fuera del cuerpo;
sin la soledad irritada
del adolescente ingenuo,
de mí salen las pasiones
con el sobresalto sesgo
de quien descubriera entonces
que el mundo ya estaba hecho;
y bajo el pie vacilante
viera el abismo en aumento;
ni deturpara al metal
la primavera su genio,
que enderezada la cola
ya está la grupa volviendo:
él, insulano del aire,
yo, derribado en el suelo.

VOY liberando a la tierra
de mi temor y mi peso;
con el primer azafrán
del querellante misterio,
vivo en doloroso bien
que se me retrajo adentro
y a la caída del hombre
otro halló claustro materno
para transformarle en niño,
aunque no de carne y hueso.

ANIKUILADO de amor,
desdándome por entero,
en los límites actuales
será efectivo lo bello,
y ausente estoy para ser,
como el que me trajo, eterno,
¡oh luz que mueves los mundos
con las manos de los muertos!

TROMPO DE MÚSICA

ES mía, siempre me busca
las manos de niño solo,
cuando se me niega el alma a dar el salto infinito
por encima de las nubes, debajo de las espumas;
cuando el laurel se autoocela con los claros de su sombra
y se repinta el jilguero el amarillo de luna;
cuando es caricia escuchada que ha robado a mi secreto
presagio, sonido y pluma,
y se revienta su arroyo entre los juncos del cielo
quitándome de la boca su golondrina de música;
cuando el berbiquí del fuego descubre el signo a la roca
al madurar en los montes tantas estrellas de azúcar,
y las fugitivas pieles de los cerros soleados
con fatigada inocencia en los membrillos se arrugan.

No la trajiste, mi amor; nació con mi sangre, es mía;
aun cuando si vuelvo alegre a tu tangible regazo
surge en mi pecho tu imagen,
igual a la de mi angustia,
gira mi cueva encantada, bañándose en tu rocío,
igual que un trompo de música,
eruptivamente aflora el lento arroyo escondido,
por ti enlazado a la arena de la persona profunda,
y va poniéndoles nombre a las alfombras selladas
sobre los nervios divinos de las palabras más tuyas.

PATRIA ETERNA

*CERCA de tus pensamientos,
lejos de la rama verde,
callen las voces maduras
que quieran ser flor en cierne.
¡No convocad más otoños;
lejos, alba de la muerte!*

La inactual patria lejana
sintió que ya me atardece
en el corazón cansado,
no en sus completos claveles
y me envía un mensajero
que abrió surcos transparentes
en la maraña del cuerpo,
que fue fructuoso tres veces.
¡Cómo entierra las espinas
cuando la carne remueve
y mata el fuego con fuego
porque es labrador consciente!
Los humos de las hogueras
son generosos y vuelven
al término de la vida
cuando ya a nadie sorprenden;
como regresa la infancia
del fondo de nuestras sienes
al ver que sus vacaciones
se le tornaron tan breves,
cerca de mi pensamiento,
lejos de la rama verde,
las altas jarcias cuajadas
de aquellos mismos juguetes.

RECITADOS LANZAROTEÑOS

(1962-66)

ABOMASO

...un valiente que grita excitado del vino.

Salmo LXXVIII, v.65

AL sentir la llegada del fin de mi reinado
la combustión se ordena de destierro en destierro
y cual potra de raza cubierta por bastardo
o el agua que dejó secar el pozo fresco
todo mi ser recorre, oh agallada memoria,
los corrosivos tránsitos de su viviente infierno.

Con hambre de aire libre, –ayer fuera de sombra–,
en vilo me levanto, mas pronto desfallezco,
me falla la armadura total del edificio,
y como el abomaso conmociona al camello,
mas lo impulsa a la vida,
al embeber las sombras del impulso frenético
que sólo obrando encuentra su natural origen
de aparición y desvanecimiento,
bramé más que un valiente excitado del vino
y en el centro geométrico del péndulo
con brusquedad aflora un remolino amargo,
un vómito de génesis que escarlata el rostro,
y angulando el aliento
con tiro de verano eché por boca nueva
urente mar que irrumpe estrenando universo,
y al gallo incandescente,
se le ha hinchado la pluma desceñida en el vuelo.

JAMEO

EN la irrompible red que el cráter le tendiera
el mar apestillado retienes prisionero.
Ni pájaros ni flores, solo peces nacidos
antes que Dios pensara en la invención del Tiempo
y entre las torceduras del Edén eclipsado
hallaran el refugio de tu cántaro lleno.

Por conservar la carga de nietos diluvianos
—no viven en tu mundo más que seres pequeños—
a través de la escoria de tu monte vencido
la difusión recoges capilar del océano
sin las resucitantes oleadas marinas
que en común lapidasas con la noche del fuego,
y conciliar, ofreces
tu nube calcinada por vaso de reencuentro
de Aquél que retejiéndose la creación subsiste
en las revelaciones del relámpago ingénito
y desde la purísima morada del Espíritu
desciende con su luz a lo sensible eterno,
que fulge solamente donde el sol parpadea,
oh llave de la vida, que engranas los extremos;
sin producir un ruido
con qué primor descorres la nube al lago negro,
y al resolverla en ojo fulgurante concibes
simplísimo templo
sobre la estrella fría del volcán, siempre a mano
del divino silencio,
con el mar eremita de primer penitente
pues purgando las culpas pluralmente nacemos,
y aunque naturaleza también comete crímenes,
los asesinados no son lumbre de infierno.

CENICERO

LA soledad me llama por mi nombre de pila
desde el friso cinético
cuajado en el caliente trastorno de las piedras
al pie del velón vivo que a combustión cumplida
paralizó las puntas ardientes del incendio
por sentirse arrastrados a fosa colectiva
exactamente abierta a dimensión de un pueblo.

Mas no es otra la meta
en la amarilla sombra de la noche del fuego,
lenta como la vaga muerte de las escorias
al expandir las señas precursoras del freno;
y toda consumida sobre sus propias brasas
en un mundo sin luna pelotari del cielo
aún ensortija el aire la póstuma voluta
al esplendor quemado que entierra el cenicero.

PICONERA

Homenaje a Walt Withman

MÁS infeliz que un perro
incapaz de volverse a defender su rabo
ante mi ser chocheo
y ganándome espacio la vejez desarmada
sólo guardé regueros
de los maravillosos escapes de la vida;
y no he sabido hacerle ninguna jaula al viento,
el único pregón de mi espectral arena
que en lejas gaviás silva su cántico hogareño.

Si Dios pisa el lagar del vino de la ira
también los montes se hunden en terrestres océanos
mas perdí mi ojo único entre las propias lavas
y mis manos no pueden prepararse su fuego,
ni proseguir trenzando las ondas cordiformes
hasta curvar las cimas de bronce del silencio,
y espectador pasivo de la presente angustia
sobre la cubertada que calcinó el incendio
no esconden mis cenizas las huellas de los troncos.

ALARMA

A punto de ignición, aún con vientre sajado
como pan estallón en el horno del pueblo,
se aproxima el instante de atravesar el muro
apoyado en raíces anteriores al cuerpo.

Fidelidad a la luz de la brasa cautiva;
no es el dedal que encona su montecillo al dedo
despertando a la muerte
con el disón que roe más que larva de insecto
sino la última hornada del monturrio de trigo
que en cuneta de mármol
fermentó lentamente para morir creciendo
y esfumará en columna de nube el sacrificio
cuando quieras, hornero.

¡Cuando quieras,
ábreme el calabozo y embriágalo de sombra;
mi voluntad ha ido convirtiéndose en viento!

PIRATA

¡QUE Aldebarán pastoree sus celestiales camellos
y quien carezca de casa
empiece a edificar la tumba de su esfuerzo!
Los líquenes espuman el frío de la escoria,
los pájaros se fueron,
el gánigo de paz se quiebra en un instante
y en el césped de hollejos
no ha quedado un testigo para besar la hierba
pues ni aún las moscas pueden habitar el recinto
en donde puse pie aventurando el miedo.

La muerte está tan próxima
que entorno de mis piernas la descubrí viviendo
a gran escala última
mientras en el océano
como el tijeretazo funcional del hortera
prosigue el tiburón rasga que rasga el lienzo.

Soy demasiado fuerte para luchar conmigo
hasta el fin de mi cuerpo
y los islotes próximos, las barcas de emergencia
con que empedró el volcán la faz libre del puerto,
están desmantelados
o son puerkas piltrafas de la carne del fuego.

¡A recrecer, aislándose!
Con la levadura de Caín en mis venas
la quijada del asno se trasmuta en acero
y al descifrar el tono a una balada antigua
icé bandera negra en un rincón del cielo.

SEMEJANTES AL METRO

TRANSPORTAN los camellos sus espartos errantes
y al asentar sus montes
en los llanos de líquenes donde se gasta el pueblo
imitando a los cráteres alinean sus jibas
y aflojado el resorte, semejantes al metro,
pasivamente pliegan sus articulaciones
cansadas de medir tanto desierto;
necesitan quedarse,
henchir la piel del agua con la carne del agua
ciega de solajero;
cargar las diferentes nubes de sus espacios,
sentir la recompensa del aljibe en los belfos
y enlazados quemar las impacientes venas
para tener mañana
y proseguir en ruta, a fuer de antiguas naves,
calzando con sus hormas las lindes del océano;
¡y el sol del mediodía sigue en alto
como una piedra grande disparada de lejos!

ODA A LANZAROTE

A Agustín de la Hoz,
Pilar y Nereida.

I

ANTES de irme, Oh Lanzarote, dame
un hilo de la fibra de tu fuego
para petrificar una palmera
que numere a los cirros con sus mágicos dedos;
dame un hoyo de la Geria,
o solamente dame un volcán muerto
para yacer en paz
sobre la estable noche que anuncie el día eterno;
patos de San Silvestre, que incuben en la luna
y prendan celestiales rincones al regreso
y al volver a temblar de amor en las salinas
reconstruyan con alas milagrosas el cielo.
También un remolino transformante
que dé a mi fe por arma su estrella en movimiento
para poder abrir las misteriosas puertas
que sin pecado siga en gracia descubriendo
desde el crepúsculo de la Paloma
hasta el crepúsculo del Cuervo.

Lo que des, Lanzarote, dalo pronto.
Está debilitándose, sin sentirlo, el gorjeo
y solitariamente me abandonan las plumas
que han de formar la antorcha lustral de mi cortejo
y, profundizando en la codicia,
el ermitaño mar de tu jameo
que dos veces al día prueba el agua;
mar que me duele viéndolo en secuestro

como el libro que hogaño descubriera
las áridas bellezas de tu cuerpo.

Para justipreciar lo que te pido
no pongas torpemente ningún precio;
cuanto más pobres seamos
hemos de ser más ricos herederos
y la corona de humo que nos dejen
monte su paje de hacha en alba de ébano,
que estoy buscando a Dios en tus volcanes
y a Dios no gusta de perder el tiempo.

II

ASI en la noche espesa
la curvada rendija de la luna
filtra la luz desde no sé qué puerta,
buscando a Dios estoy dentro de Dios
como una zarza en su infinita hoguera,
no cual los expansivos pichones de la traca
crepitantes de sal de las estrellas,
sino en ocaso limpio
que el fondo de la noche penetre sin violencia;
¿y quién extirpa el fuego deseable,
muda espina dorsal de mis tinieblas,
si nunca se ensombrece
el filamento de su incandescencia
y no estallan las redes de ceniza
el nervio de la llama que me eleva,
más allá de lo físico,
reconciliando humo y transparencia?

En días tormentosos,
consumidor continuo de mi cera,

sólo pude morder la propia carne
viendo cuantos caminos el fin quema,
pero hoy, quietamente,
la fibra luminosa me renuevas
al proyectar con luz irreprochable
el testimonio vivo de la flecha;
y en el silencio cantador del alma
inquieta mar escarda las mies de las arenas.
Y entonces vira mi emoción radiante:
¡Moza de Sóo, vestidas de azucena
como las clavelinas visten de sevillana;
dromedarios nacidos de un cepellón de tierra,
cráteres de volcán, mártires cabras!

La plenitud se acerca,
¿quién puede imaginar lo que nos trae
al dar el salto que nos ponga a prueba?
¿Paró la Cruz tus lavas sin quemarse?
¿dará el árbol idéntica hoja nueva?
¿es verdad que mordido por los perros
el Centauro desposa a la Sirena
y el monstruo de los Verdes
ha dado ya a sus cíclopes la suelta?

¡Igual que en Guanapay
para defenderme no dispongo de fuerza
y antes de que la muerte, como el hueso del fruto,
acabe de injertar tierra con tierra
en un puente de insomnio
que nos cambie de forma, de tiempo y residencia,
avive al pecador el Impecable
su relámpago eterno de inocencia!

EL CAMELLO DEL AMOR

ZUMBA su bramadera
abriéndole la trocha del flamante encuentro,
y enloquecido centinela, abandona la guardia
saltándole las cuerdas armoniosas al cielo.

Rebrama a cada trinque relámpagos orales
cuajando en espumilla la blanca flor del fuego;
por la noche se adentra cortejando las sombras
en su visitación de volcán temporero
hasta encontrar atónita la nupciante camella
que en el espacio negro
le franquee su atalaya con el baño de lumbre;
y aunque sin luz se encuentran los ícaros que fueron
no se asomen los ángeles al balcón voladizo;
prendérseles podría la ramazón del sexo.

PARTIDA

SIEMPRE charla que charla, recalcitrando el tiempo,
harás que el dado ruede;
y ha de seguir el hombre en su banco de juego
con las cuitas de siempre
y un montón de recelos
que le lleva a jugarse las pestañas divinas
cambiándose de mano la fuente del deseo.

Esta forma de vida es feria que se acaba
cubierta totalmente por nube de aguacero
que puede transformar su luz húmeda y negra
macizo llanto en tromba de diluvial renuevo,
mas no ha de ser de agua el quebranto que venga;
como un mar de rüido
fecundará la imagen acústica del trueno
con sibilantes tizones
y las rocas y lavas, en su único vuelo
de enloquecidos pájaros
irán, entre arrugas de lumbre en montón despidiendo
otro astro encendido cual paja de las eras
en las siempre manantes negruras de su término.

VOLVER ES RESUCITAR

(1967)

CIELO DE IDA

ODA ESPACIAL

Atiende al vuelo sin mirar las alas.

QUEVEDO

PUSE mis ojos anchamente a oscuras
en los desterrantes vértigos del vuelo;
alas inculpables, sonrosados humos
infiltran las sombras quebradas del viento.

Una terrible angustia de levadiza arena
en la ciudad de nubes que vomitó el desierto;
un murmullo de furia padecido de pronto,
una ociosa fatiga que me conduce lejos,
un festín simultáneo de ascendentes cornisas
que a los cirros violentan sus escudos eternos
me obligó a derivar a secreta corriente
cambiando el objetivo de la garra en acecho
mientras espectralmente los precarios motores
remontan las alturas de los últimos miedos.

Una nueva retórica al espacio se eleva
para regir el aire sin dialéctica de émbolos,
una explosión de duda infinita que absorbe,
un enjambre de estelas, una fuga de ecos
que inclinan a la hierba al cambio de perfume
y a transformar el cuerpo
para legar vestigios de su apagada huella
a los aires que mecen las pistas de cemento.

Mi ascensión redentora sanamente deslumbra
pues se halla el espíritu en vigilante asedio;
hay que montar la guardia con imágenes nuevas
y desnudar el aire para vestir al fuego;
sin mudarnos de sitio
porque ya somos uñas del propio movimiento,
—sensibilidad de hombre en el ojo del águila—,
riberaré la costa sostenida en lo negro
de belicosa estrella que con luz incansable
nos dará la propicia ocasión del siniestro.

Entonces lentamente giré los burdos ojos
para mirar el filtro colocado en el pecho;
vi caer desplumándose al viento del sudeste,
y, después, a la tierra sumergirse en el cielo.

MIENTRAS LOS MICROSCOPIOS...

MIENTRAS los microscopios
ven navegar caóticos enjambres de bacterias
y teje cada palma su esterilla de sombra,
ven, sensación; auscúltense
los sucesivos dedos de tu mano
los límites más puros
de cuanta intimidad estoy soñando
con la luz y la flor,
con la nube y el pájaro,
con la hoguera y el gnomo
que arroje las estrellas al espacio;
y coyúntame el alma soñadora
que exaltas en los seres solitarios.

ASCENSIÓN

LOGRANDO mi ascensión a válvulas abiertas
—oh tú, la fuente humana del cielo antes no visto—,
nacemos a lo alto, únicos con el águila;
somos veloces huéspedes del aire
que estampillaron su sombra sobre una marea de montañas.

El pasado se tuerce hacia el futuro
con el viraje de la mosca
sobre la dimensión que cambia el rumbo
y ascendiendo, ascendiendo
con un rugido de ángel-león poblamos
la misteriosa Catedral del Viento.

LLEVANDO ESTOY TU NOMBRE POR EL CIELO

(Con un verso de Antonio Machado)

ASA de luz,
arco iris, ojo de la tormenta, o de la paloma de la paz,
con mi ascendente serpentina de humo proyectada en crescendo
entré por los paisajes fugitivos
cuando ya no tronaban los cañones eternos
y en el giro de pájaro de mi tormenta estática,
que pone del revés las pendientes del cielo,
con sencilla unidad las uñas del sonido
escarban la escalera que conduce a los santo
y arruinan los refugios de los dioses que fueron
en la armazón del cosmos
amargos como las olas y encogidos como las nubes;
y mientras mi soledad busca silencioso astillero,
el agua espiritual se me destila
del corazón que aislaste en su vaso de fuego.

Para endulzar la noche que me espera
llevando estoy tu imagen por el cielo,
y el nombre de tu imagen
donde la altura tiene perspectivas de llano
y tañe sus herrumbres el silencio
porque desembrazando a lo sensible
vivo la gloria celestial de un sueño
que me permite en el azul gigante
volar sin alas donde todo es cielo.

HOGAR AÉREO

EN el pez que me conduce
por donde el pájaro vuela
es su volcán comprimido
el único que no sueña,
mas escuchamos nosotros
a flor de la duermevela
hervir suavemente el agua
para el café de la cena.
En este hogar instantáneo
que acomoda mi pereza
soy un paquete de tiempo
con la voluntad sujeta
a la voluntad divina
que los destinos concierta,
pero al soñar el oído
toda memoria flaquea
y al sentir la constricción
ocultamos la presencia
en el bochorno engullido
por la entraña que nos prestan
en el vientre de este pez
de tan calmosas aletas
que digiere los caminos
si están lejos de la tierra.

OBTESTACIÓN

SI al beber fuego el cielo me escupiera
como a un perdigón por el colmillo
sin tener más bolardo que el de un hoyo en la tierra,
o cayese en la noche, albarazada
por entrepunzadoras cercanías de fuego
cual un Ícaro ahumante alcanzado de empuesta,
al incensar la masa de mi cisco
libra de convertir también la pavesa
del estallante o perezoso sismo
sólo un miembro, Señor, la mano diestra;
y lejos de los jardines
con la buen hora del prado entre los bulbos florezca.

ELEVACIÓN

Le paysage vola avec l'air de mon sang.

LUC DECAUNES

BUSCANDO rauda salida
a las angustias del páramo
me dispuse volantón
para surcar el espacio.

Escotillón de tormenta
húndeme el suelo igualado,
quitan la tierra a mis pies
como si botaran barco,
que comienza a navegar
con cimientos derribados,
y en vez de servir, se ausenta
a seguida el océano.

Enfrentándome al abismo
logro saltar por milagro
al cielo, montuoso y firme
más que camino romano,
y germiné el estridor
de un caballito del diablo.

A medida que me elevo
la Muerte acorta sus radios;
y aunque el aire envejecido
se resiste a sustentarnos,
solté otra blanca serpiente
de silbo aterciopelado
para alentar a las llamas

en pos del postrero plano
y por efímeros túneles
de tiempo espacializado
cuántas vías atravieso
de imposibles subterráneos;
y cruzo este nuevo mar
como el dedo los grabados
que ponen a su nivel
objetivos hondos y altos
con isletas enquistadas
cual las que dejé debajo.

Conmigo el paisaje vuela
con el humo de la sangre
que están quemando mis venas
hasta que pierde sus líneas
como una mano gravemente enferma...
y sin los dioses creamos
lo que los dioses no hicieran:
pájaro de todos los climas,
insectos de todas las selvas
y los peces voladores
que desovan las tormentas.

INTERMEZZO TERRESTRE

A Claudio de la Torre
amigo de la niebla, devoto de la luz.

YEMA DE SOMBRA

LA tierra se disuelve como un grano de sal
que sobre el agua acaba de inclinarse;
como la yema de sombra
que sólo puede ser montículo del aire.

RECALADA

ÁVIDAMENTE el muro de la niebla me ha ocultado
en un rincón secreto de infinita azucena
que fuese sólo gloria
y ante mí se disipan devoradas las piedras
del silencio cercano; el día está en capullo
mas todo en esta diana es apariencia
porque no se desdoblan las luces renacientes
del alba que a los ojos se me enreda.

AVE DE ESTACIÓN

COMO ave de estación hallé refugio
en fango celestial aún no barrido.
Tras las falsillas de agua incomedible,
hoy la ciudad entera se ha fundido;
hay que buscar la forma de esta vida
y a ejemplo de las bandas de estorninos
trasnocharé de día en los parques de ensueño
para volar monótonas alturas de granizo
tras la yema del sol, que ha reventado
y coagula una sartén de frío.

PLANETARIO

en el pueblo de luz arder clavado

QUEVEDO

COMO el hombre que aún vive en su primera infancia
alzo aprisa los ojos, hacia tu altura, y veo
la noche misteriosa
en las propicias horas del amor más sereno
mientras los astros giran dócilmente
sin que uno solo se adelante al tiempo.

Hace miles de siglos
que vienes engendrando, Firmamento,
con fontanal potencia
la adumbración del obediente sueño
al mover a bandadas las estrellas
que se prolongan con murmullos de ecos
de edad ignorada
en una represión volátil de silencio;
y mi angustia se sigue preguntando,
al ver nacientes los luceros nuevos
que absorben claridad ávidamente
y al sideral futuro toman vuelo,
hasta dónde podremos navegarte
para tocar a Dios con puros dedos.

Temo volverme, a tu contacto, múltiple
como el polvo de luz aventurero
y disolver mi vida confesada
cual una joven nebulosa, y trepo
el primer tramo de la altura
en ascensión que empieza al ras del suelo

por la noche encendida
en donde los volcanes han de ser pozos frescos.

Teodidactas estrellas en número infinito,
tantas como las gotas del océano,
titilan resplandores sin cansancio
de mis comunes ojos subalternos
y, al trasfigurármeme el espíritu
hasta sentir bordonear lo eterno,
fuera de toda circunstancia,
oigo cantar los ángeles completos.

Sin vivir a la droga, ligándome a los astros,
floto al vaivén del cielo
sin que uno solo tuerza su derrota
al ver llegado el hombre al universo,
y parigual que hoja de blando torbellino
aún participo en el astral proceso,
con la estructura móvil de la Tierra,
entre las luminarias del festejo
y un abismo de luz que estoy minando
como el aire a las briznas del desierto.

Enlazadas las manos igual que estrella doble
al captador empíreo con la oración me elevo
y al polvo de los muertos que en la altura
vuela sobre el camino verdadero;
y en las noches vacías de claridad y sorpresa
en que es más doloroso el cautiverio,
a los suspiros de la entraña ardiente
escala de Jacob sea mi esqueleto,
y esqueletizado el aire
¡pueda la mano que asciende topar con el nudo eterno!

CANARIO CAUTIVO

Limón que canta...

ADRIANO DEL VALLE

LIMÓN lírico
que, al no poder modular
los arpegios de tu oficio,
escondes la voz quedándote
cada vez más amarillo,
sin conocer compañero
con quien cantar al unísono
la canción de las tinieblas
con acento matutino
y oler las flores del campo
como hace el pájaro pinto
barajando libremente
—negro, gris, rojo, amarillo—
sobre el último pisante
gemidor del eucalipto,
y en arrabales del cielo
satura los chicolós
bienamando a la pareja
que el azar le ha concedido
o trayéndole alimentos
en agudo y breve pico.

Mal sientan a tu talante
los climas extranjerizos,
limón lírico aflautado
que la bruma ha desteñido
como a mí me decolora
la piel de isleño cautivo,

porque en Londres y en invierno
qué mal amante es el frío;
no deja arbusto ataviado
para criar limoncillos
de verdeoro naciente
con alas sobre el corpiño.

«THE MAN IN THE STREET»

NO *rusticana*, no, *Cavallería*
del Covent Garden, que adjuntó el *payaso*,
tras la ritual carroza, lento el paso,
al Lord Mayor de la Ciudad seguía.

Por otra fecha, el Armisticio envía
hacia oblicuo Hyde Park, donde un negrazo
lúgubre canta el europeo ocaso,
y aunque prieto el juglar, no nos mentía.

Es simiente del fruto aún no creado
el hombre de la calle que disienta
de Dracón en su signo numulario.

No acabar nunca el cuento es lo que cuenta,
cada tiempo corrige su pasado
y es justicia escuchar vivo al contrario.

ELEGÍA NAVAL DE UN SÁBADO DEMENTE

EL ancho Támesis surcan
mil volúmenes de lágrimas,
las menos de fuente propia,
las demás de ajenas razas,
que hoy el sábado demente
discrimina en su zaranda
con los ojos que las vierten,
sin que puedan retajarlas
los azules infernales
ni los surcos de esmeralda,
pues la niebla homogeiniza
sobre el fin de la semana
las traíllas de cohetes
en crisis junto a sus guardas
y construye su futuro
mientras, y de nueva planta,
el océano social
que sin romper la jornada
hace transcurrir un siglo
cada rotación horaria.

En movibles cordilleras
de vida y muerte instantáneas
torciéndose están los vientos
de la fortuna británica
y los hileros desvían,
aunque a tan soberbias áreas
que no pueden las gaviotas
llegar donde van las águilas;
y aunque sienten que hace tiempo
son las exequias sus andas,
soñando en los tiempos idos
de las imperiales marcas

ven los fornidos forbantes
que al obrar fueron crisálida
de poder maravilloso,
cuando invencible la escuadra
era el cuerpo necesario
de la niebla acorazada
y erizado el aparejo
por el instinto de caza
fueron un mar mar adentro
con su aérea marejada
encortinando los cielos
con las raíces del agua
tras naos de mercadantes,
tras los barcos de la trata
o coloniales sollados
de remesas cortesanas
que ajenas a la ocasión
en otros climas arranchan
y ven cómo se abre el cielo
ante un rengle de fragatas
que ha filtrado la Union Jack:
tela roja, azul y blanca;
y en las paredes de humo
los lacres de la andanada
que con los hierros mordientes
más que los canes chamascan.

Mas eso fue ayer, la guerra
es el granizo que pasa
sin quebrantar el destino
más que ilusorias jornadas
y deslizando su ser,
—duende que exulta confianza—,
va como nube rasante,
pocas veces frecuentada,
llevando por la corriente

sin hogar de Rabinandra;
y al revisar los tangibles
colmillos que aguza el agua
serpiente de la memoria
salió de su prima fábrica.

Con ondas de agitación
las marinas adelanta,
toda la mar a su frente,
la mar entera a la espalda,
que a la vocación de intriga
el infinito hace falta,
mas la ironía de Dios
conjuntamente trabaja
y antes de iniciar maniobra
ve que los mares se acaban
donde comienzan los cielos
a granizar forma humana
y en la corteza del orbe
mira bestia derribada
y a su serpiente enroscarse
como el rollo de filástica.

El menguante de la curva,
dándole vuelta a su traza,
se contrae y enaniza
y al cero absoluto baja
porque es el mar una herida
cubierta de podre blanca
que el destino ha volteado
en su alforja planetaria;

y un ronquido de silencio
es la última esperanza.

CIELO DE VUELTA

A Julia,
ante su caballete

AVIÓN DE LÍNEA

LEGUMINOSO este salón viajero
a mi óvulo siéntome envainado
y ya ocasionalmente sepultado
voy a nubificarme al resistero,

más que el viento ligero,
más que la primavera apresurado,
si el granar no interrumpe el malhadado
y deja al mío empavonarse y huero.

Con alzada de cielo enanizado
mi piloto administra el firmamento
mejor que ave que luzca ojo sangriento,

y en fiera libertad acelerado
toma la piel del aire avolcanado
fruto terrestre que fio en el viento.

A LA LLAMADA JUSTA DE LA ESTRELLA QUE MIRO

EN la evasión se le aclara a mi vida
el poso más oscuro que alberga su secreto
y a llamada justa de la estrella que miro
con mano detenida se me ha ordenado el vuelo.
Atrás las sombras, las crecientes, quedan
reajustando la física del cielo;
salvo pozas que el sol del mediodía
cede a la mar en préstamo
y las vehementes ondas de la altura
entrenan mi ascensión para el descenso.
Las nubes blandamente, blandamente se elevan
y te permiten ver cuanto te ofrezco
de la irritante tierra
que puso en hora el reloj del miedo,
y en la dulzura del celaje próximo
el espíritu explota su fracción de universo.
Mientras, dejé las ansias recogidas
para cruzar la bóveda del viento
donde se pone velozmente el día
que ha de volver mañana a nuestro tiempo.
Yo, como un limpiabrisas, giré el ala
sobre lo fallecido de mi cielo;
y en esta hora sin errores, alma,
¿quién pudo detenerse a detenernos?

RETROVISIÓN — I

UNA escuadrilla de aeroplanos pasa
y en un ligero gris del nublado se ensena
disipando la forma en ecos de borrasca,
semejante al abscondito rayo en la nube negra,
mas desde la prendida medula de las aguas
se han separado dos, maduros por la guerra;
dibujan en el aire los signos de la muerte
y en dirección a un punto que acaso desconozcan
deshacen el camino con inversas estelas
envueltos en las flores de las llamas;
y geminados vuelan
como los ojos de los cigarrones
dejándose caer con sus alas a tierra.

CON LAS RÍGIDAS ALAS DEL TRANSPORTE MODERNO

MOVIENDO mis raíces hacia Dios su congoja,
con las rígidas alas del transporte moderno
acostumbro enlazarme a la nube animosa
y antes de desatar ligaduras al tiempo
en el espacio busco un residuo de tierra
con un cráter que tenga el humus del silencio.

Por si el retorno fuera irreversible
y agoto en un minuto la eternidad del miedo
traspasaré el último escalón de esperanza
desenvenenando el pensamiento,
pues me enseña el humo en su asombrosa entrega
cómo recomenzar el camino del cielo;
y en eterna incensada visualiza el espíritu
a la fuente del único creador del misterio.

TU PATRIA

AY, alma temerosa que despiertas
como la flor que sabe que ya no existe el agua,
si mi creciente Dios no estuviera en la sangre
del modo que en el mar los peces y las algas
la eternidad huiría por la arena del cuerpo.

Tu patria
es la de los poemas que surgen
en la evaporación de las palabras.

CON MI ÁNIMA NUEVA REPATRIADA DE PRONTO

ME asfixia el luto de la noche,
negado cielo triste, alomador de nubes;
ni una sola estrella del azul nos devuelves
para elevar el viaje con presión infinita.

Poco a poco, no obstante,
la luz desmandibula a la sombra rebelde
y un pasado de nube tormentosa
en su barca de sol con mi signo descende,
con mi ánimo nueva repatriada de pronto
por la curva del cielo a un montículo ingente.

Hace un cuarto de siglo
se me fuera Madrid de entre
las manos, de entre
las alas del corazón
sin haber enastado el primer germen,
y al reganarle ahora geriátrico y oscuro
el limpio Guadarrama, piedra viva de siempre,
siguiéndonos el aire nos albricia el retorno
y en nuestro honor deshiela una ola de nieve.

DULCEMENTE NAVEGAMOS

DULCEMENTE navegamos
entre dos lunas mellizas;
entre dos lunas.
la del río y la de arriba,
mientras con traje de luces
vemos ciudades vestidas
bajo las alas sin fuerza
con que la noche camina.

RETROVISIÓN — II

LAS moscas de luz se acercan
a la antigua ciudad plana;
el río da sus sirenas
y rompe todas las lámparas.

La ciudad frunce la frente.
la noche grita asustada,
cae un chaparrón de pájaros
al ver cómo el cielo sangra
sobre el suelo detonante
que ha sucedido a la alarma;

sólo el canario enjaulado
inconscientemente canta.

CIELO REPUESTO

AUNQUE a tientaparedes sin dar un paso adelante
ni saber con qué pierna ha de iniciarse el éxodo,
méceme en tu regazo por la selva de las nubes;
dame, paracaídas, tu cielo de repuesto
y el bálsamo de yodo
para esta pesadilla despierta que vislumbro
como el carbón que aún desconoce el fuego.

ETERNIDAD

(Con un verso de J. R. J.)

¡BLOQUE inmóvil del alba!
Parece que lo eterno se toca con la mano,
mas la Eternidad contrasta
desde los azules vírgenes
de contacto con las aguas
el tiempo de los relojes,
que es hijo de la mirada,
espesando lo divino
en la densidad del alma.

PERO DINAMIZAMOS SOLAMENTE UNA ESTRELLA

INERTES cual las sendas no viajadas por nadie
somos como el desierto, que conoce su muerte
y filtra en lo más hondo el agua del futuro,
que, aunque oprimida, erige secretamente su puerto.

Desnarcizando al hombre que embellece el reposo
hasta henchir de alegría los miembros animales,
o impersonalizados en la senda de espera,
somos constelación de la noche siguiente
y el himno de la órbita bañada de secreto
al orden llama a cuantos corrompemos la sombra;
pero dinamizamos solamente una estrella.

GLORIA TERRESTRE

PARA aclarar el sueño de mi ascensión,
a lo inmutable voy de vuelta,
a ti, que me llevaste desterrado
al seno nebuloso de la tormenta
donde he sido
repentina luciérnaga secreta.

A su noche de barro
desde la alfombra mágica de tu monte de estrellas
con espaldas vencidas retorna al cauce de lo humano
el hijo que expatriaste de la mujer primera
y hoy se arroja a lo vivo unificante:
un nombre, un número, una señal
que la gloria terrestre ha de guardar dormida
para la mano del que recupera;
¿o es la tierra la patria para siempre
y abre el hogar negado por las nubes y estelas
en islas como nidos, ajustadas
con la inmovilidad que reprime a las piedras?

MAR MIGADO

ISLOTES como dados
el mar irrepartible los sujeta;
el ruido de las ondas los engalga
y solo el pensamiento es quien navega.

Nada importa si el tiempo
señala en el cuadrante la hora negra,
oh islotes como dados.
por ley natal hijos de la pobreza;
enyugado al canzil el dromedario
maquilla el rostro a la cosecha muerta.

El exceso que salve lo mezquino
ha de alumbrar la originaria tierra
y a la escondida sombra ha de extraerle
un manantial, un pozo, un musgo, una bacteria
que ponga la ternura de su rostro
en cada una de sus tres mil puertas.

Si no desciende nada de las nubes
con un ciempiés de pozos
tendréis que succionar cualquier cosecha.
si no es que antes el mar salta a la pista
para manumitros de miseria.
con su agua pura infantilmente en cueros
—dulce, acendrada, fresca—
y resonante a vuestra vista monta
el artilugio de la fuente férrea
migando la corriente cristalina
a los incultos labios de la siembra.

Como piedras de charco
pondréis el pie sobre la mar fraterna.

HABIENDO SIDO ALA SIN DEJAR DE SER TIERRA

SIEMPRE en acción el mismo pensamiento
de pernoctar un día en las alas del ángel
para huir de los príncipes oscuros
empañando mi sombra comienzo a descolgarme
por turbinada grieta
que va abriéndome el cielo del oasis
y en niágaras de luz voy descendiendo
al ladrado repudio de los canes.

Descargando de cólera a los truenos
me franquean los portillos de solitario escape
y pasa Dios la mano por los montes
que mueven sus perfiles y empetrándose
naciendo están las hierbas en un soplo
y en un soplo también pueden los árboles
desabrochar los paracaídas de la niebla
mientras del fondo de lo inmenso suben
ópticos excitantes
a la húmeda cornisa de la aurora
que no admitió jamás huella de nadie;
y habiendo sido ala sin dejar de ser tierra
su espesor le he medido a la piel del paisaje.

PATRIA ISLEÑA

¡GRAN Canaria,
cántaro de agua
dulce, semidulce, amarga;
las fuentes de que bebí
aún no han inscrito los mapas:
nacieron dentro de mí!

TERMINAL

(Con un verso de Paul Eluard)

LAS olas claras de sus alas
suaves se extienden cuando al fin les llega
el descanso a los motores
y el silencio abre la puerta
con mano que nos desgrana
para mejor sementera;
y la emoción nos ablanda
al pisar la propia tierra
sintiendo: «Cuánta alegría
puede retoñar la ausencia»;
pensando —con el Jonás
expulso de la ballena—:
«Volver es resucitar».

ESQUELETO DEL AGUA

(1965-68)

EL GALLO INCANDESCENTE

LA ERUPCIÓN QUE VENDRÁ

ANTES que la naturaleza ejercite el oficio del guerrero
me encabrita el barrunto
de la respiración de un volcán nuevo.

En los ahumados montes limitantes
aún candentes de Dios, cascabillos del fuego,
por no entrar en la historia de mano de la piedra
actué como el gorgojo elegidor del tiempo,
y demolí a mi vida el capullo de lava
que retiene desnudo de horizonte al isleño;

y como los barrancos que se pierden
para llegar muy lejos
aun las aguas más dulces
amargas con los golpes se volvieron
en la fidelidad de los caminos
desparejados por el día negro.

FALSO SILENCIO

¡EXTRAÑA fuerza del volcán!

Todavía

lo natural del fuego vela sus propias armas,
perpetuamente en crisis, y a la nocturna espera
los cráteres mantienen las luces apagadas
y en descanso irritante a su intramar de fuego
mientras la nubes pasan,
mientras las uvas negras detrás del parapeto
ven al repercutiente alisio que resbala
y moviliza el ceño
del sollamado mar de arenas ditirámicas.

Paréntesis de paz

en el hogar humilde donde todo se aplaza
temiendo que el quinqué con dientes silenciosos
promueva los propicios canales a las llamas;
más terrible el sueño larvado de los montes
pues jamás conocieron la lluvia que enaguacha
e intempestivos sueñan con que, al licuar su sangre
la luz amapolada,
han de morder en rápidos accidentes las piedras
transfundiendo la muerte de torturante plasma;

y al asurarlo todo el herbario del fuego
con la carminativa floración de las brasas
saldrá de noche al campo con un sólo objetivo:
recuperar con ira la libertad aplazada.

CALVARIO

LA gloria está en las lavas de tu calvario inmenso,
pastora de las llamas
que ante el volcán un día te quedaste sin pueblo,
sin las ubres que manan
y sin los vegetales eslabones del tiempo
y arriaste la bandera frente a la subterránea
embestida del fuego,
que todo lo destruye porque todo lo iguala.

El síncope bestial del hambre aprieta el cerco
y surgido post-flammas
impávido aparece enjuto dios hespérico,
que aporta la secreta condición de las fábulas
y a quien fielmente siguen sus adiposos camellos.

Vienen a conciliar miserias que aún batallan
para poner al día siglos que se perdieron;
con ariscas almenas de carne distanciada
erizan limitantes paredes al desierto
y ya montan la guardia
del porvenir ajeno
sus mágicos custodios, que inhibidos del agua,
consumen los manjares franciscanos del viento
o lo invisible muerden a la constante alga
del liquenar anónimo en donde están viviendo;
¡tierras irroturables por arado y palabra
en la virginidad maciza del silencio!

Con pezuñas de arena creadoras escarban
en los lutos inmóviles posibles compañeros
para labor de siglos. La gloria está en las lavas
y tal vez fabulándonos los naturalicemos

que gota a gota el tiempo crea la catarata...
¡y pueda la envolvente ola de los camellos
de rendón expandirse,
sorda al razonamiento,
y a fuerza de coraje, si no a fuerza de armas,
echar todas las piedras extrañas al océano!

NO ESTÁN OCIOSAS LAS LAVAS...

NO están ociosas las lavas,
que cual los sanguíneos jaspes,
en una playa de escorias
solidifican la sangre.

Sin moverse de su sitio,
sin saltar ajeno escaque,
sin auxilio de camello
que ha desengrasado el hambre,
aunque por la noche rumie
lo que por el día pace;
sin vegetación humana
sobre la tierra de nadie,
su vida restauran, *sub*
specie interioritatis;
y en el devuelto color
de sus quebrados semblantes
estereotipan en piedra
el mar huesudo del cráter.

PICÓN

Fantásticas escorias terrestres.

QUEVEDO

PISAR picón es ir pisando
las esponjosas lágrimas del fuego.
Ni un hilo de agua tiene el ser del monte
ajena al cielo
y este campo es memoria de la brasa
con la ceniza a cuestras,
oh quieta y permanente granizada;
ni la errante cisterna del camello
por el silencio de tus noches pasa,
ni en los días de oro
se mueve a otro confín con su montaña.

Buscándote la piel de paz del universo
sentí pasar la noche como una brisa negra,
como una hostia negra la luna de mis muertos.

PRESENCIA DEL ÁNGEL

EL volcán que ha quemado tu memoria
quiere sobrevivir y pide un ángel
que coloree de nuevo su belleza;
a la restauración de la ventura
solo aporta su débil cortezuela
y mudamente pide
tras ablación de sus vocales cuerdas.
Necesita crear frutados árboles
en el contiguo espacio que le resta;
y el pájaro que llegue y melodice
con sonora papera
inaugurando el pecho en nido de aire
como en suspenso hoyo de la tierra;
y la pezuña del lanar rebaño
que en mar de sombra su camino envuelva
defendiendo del sol los turbios ojos
en un segundo plano de la siesta;
y que el moho del cielo provisto por el alba
suscite en piedra y piedra
el sueño de la nube bordadora
que en la negra
dentadura del monte
pródigamente haga proliferar la selva
y flor a flor el liquenar conquiste
la clave que perdió la primavera;
y aún necesita más:
que ensortije raigón y lo empape de niebla
para proporcionarle la postura del llanto
con que extinguir sin gritos luminosos las penas.

Y un ángel con las alas de ceniza
vino a ponerlo prontamente a prueba

pero antes concibe –contemplando
los ombligos y sexos de las vírgenes dunas–
la casa de purgar la cañamela
y el palmeral adjunto y numeroso
que con látigo trenzado discipline las arenas.

YA TIENE PATRIA EL HUMO

OH mar de piedra inmóvil,
desde la turbia miel que te ha ungido la tarde
un átomo de soledad te convirtió en desierto de melindros
sin serpentinas márgenes
entre columnas de palmeras,
o tal vez, oh brocal de la muerte,
en un hombre tendido sobre un charco de sangre;

y angustiadamente solo escucho
el humano silencio del paisaje
al remorder los labios contraídos,
cual la tunera con su barrilame,
en campos que truecan, sin el compás del riego, la abundancia
en el cortijo estéril de la tierra de nadie,
y sin embargo, mía.
¡Volcanes:
ya tiene patria el humo;
ya tienen mástil nuestras soledades!

BAJO EL SIGNO DE KARDAS

COMO LOS DROMEDARIOS CONMOCIONES PRESIENTO

NOSTÁLGICO

de las mareas que en la playa dibujan
la sombra de los peces a la luz consagrados,
aún mi sangre trasiego a la palabra muerta
o a las invidentes caracolas que afinan el sonido
despuntando las alas expansivas del viento,
porque sin poder sostenerse con el fruto en la rama
ya mi espíritu teme corromper lo invisible
con óptica de hoguera, o de mosca, o de cuervo;
y estrujándole al polvo sus posibles conscientes
con activo reposo, con callada fijeza,
como los dromedarios conmociones presiento.

CAMÉLIDOS

HAY que adherirse a la duna
y traducir sus jadeos
para entenderte, camello,
siempre idéntico a ti mismo,
siempre espectralmente idénticos
tus instantes fronterizos
en el escenario eterno
mientras agitadamente
cubres de mapa el desierto
con las venas de tus pasos
trazados a punto seco,
y es la propia caravana
de tu orgánico archipiélago
la primer cadena que hollas
sobre el sabuloso océano
en que se ha borrado el agua
para pintar sus silencios.

SALMO LXVIII

NUNCA en marcha y siempre en marcha,
espectral monte de arena
puesto en ruta vacilante
por voluntaria marea
tiene, como el mar, un ritmo
de alejamiento y presencia,
pero solamente el ritmo,
lo demás ruina profética.
Muda de pronto la piel
con la sombra por bandera
y se repite su curva
con fulguraciones trémulas
en la montaña que viaja
sin ser corcova siquiera,
mas en su cumbre llevando
cien arbolillos de arena
que ramifican el cielo
con ponzoñosas tinieblas.

Siempre en marcha y nunca en marcha,
y sin salirse de escena,
asentándose de vientre
mitiga su arborescencia
junto al ángel que lo acampa
restaurando su flaqueza
cuando la tarde termina
henchida de luz bermeja.

Sin caminar y sin agua
en la zona más desierta
muda de piel nuevamente
como de noche la niebla

mas sin acentos de agua
en su vacía cisterna;
y en tanto pernocta hambriento
esperando el alba nueva
siente que alzó con sus pasos
a vida las tierras muertas
y el vino de agitación
franco de boca les llega
delfín del desierto puro,
mar de las viudas arenas.

AL CAMELLO

EL movimiento llama al movimiento,
itinerante oasis abreviado
nunca impostor de la experiencia.
Tu gozo relincha al centro
de la inmensidad desierta;
con qué gravedad retornas,
centrado, a la periferia
y en cada pozo que escalas
un vivo puerto vivaz encuentras.

MOTOR DE SANGRE

NO, no es tu sombra,
no levantada aún del suelo,
lo que al despertar contemplas,
oh tractor primitivo de las tierras estériles,
reverencial camello
que sueles hinojarte rendido de cansancio;
en tu trasunto neutro
lo que asombrado has visto al abrirse tus ojos;
es una larva tuya encarnada en acero,
que inmune a todo éxtasis,
rozando está los montes con funcional estrépito,
cual cáncer que engarrado para siempre a una lengua
reconvierte el idioma en inútil lamento.

Ay, se ha olvidado el uso de las armas antiguas,
cuando eran los cañones estornudos de hierro
y tú te echabas fuera del establo nativo
como tras de la lluvia las plantas del desierto
y en los vivacs helados de los campos del Norte
usaron las victorias corazas de tu cuerpo.

En las nuevas costumbres
puede un solo morueco
cubrir con su simiente a quince mil ovejas
de vientre; abstracto padre de miles de borregos
al genitor uncidos cual arena del viento.

A paso vas de pueblo,
con tu motor de sangre hasta el borde del hambre
pues no supiste nunca acelerar el tiempo
con decisas pezuñas;
¡acelerar el tiempo, acelerar el tiempo;
a un segundo de luz está la luna
que fue tu compañera nocturna en el desierto!

ESQUELETO DEL AGUA

*¡Mi gloria está en las arenas! ¡Mi gloria está en las arenas!
Y no es errar, oh Peregrino,
codiciar el ara más desnuda para ensamblar en las sirtes
del exilio un gran poema nacido de nada,
de un gran poema hecho de nada...*
SAINT-JOHN PERSE, *Exilio*

CON CANCIONES DE ARENA

SÍ, con canciones de arena
haré viajar a las aguas
al borde de las sombrillas
de las palmeras más altas
y a la presencia de Dios
todas irán enlazadas
si no con ecos de lluvias
con desnudez subterránea.

CON UN GRANO DE ARENA

CON un grano de arena
se fecunda una concha;
con un grano de arena
la isla violentada por el fuego
presintió en la cantera
el curso de la sierpe que le busca
los rompimientos de su sangre nueva;
los templos se edifican
multiplicándola en la piedra
y la indesterrable poesía
florece y se consagra
en un divino grano de arena.

SIRENA DEL DESIERTO

Homenaje a Gastón Bachelard

LONGA sed de lava en fuga
repurgada por el fuego
tras un resorte de vida
sale afuera del desierto
y alejándose se eleva
por la fluidez del viento
o dando lumbré a su antorcha
o acorazándose el vuelo
para impedir que la enhuesen
en relampagueados términos;
y a las arenas devuelve
la escaladora del cielo
francos sarmientos de sombra
y enfogaduras del sexo.
Como el monstruo de la rosa
que en araña se hubo vuelto
la palmera sobrevive
a sus instintos opuestos
sin congelar la fortuna
ante el dúplice secreto
que cambia al ser de continuo
entre el reflejo y el eco;
y eremita en su columna
o cimbreada a lo perverso,
ya es antorcha del perdido,
ya sirena del desierto.

LO CÓSMICO SE AFINCA EN EL DESIERTO

OH amor, te has trasvasado en mi provecho
al aún extraño, al que me fue vecino,
al camarada hallado en el camino
y al hombre de azadón insatisfecho.

Mi vida es luz y mi humildad es derecho;
el porvenir se empaña y me empecino,
ultrasocializando lo divino,
a sostener la multitud en mi pecho.

Se ha rozado la piel de lo futuro.
Sigue la creación a cielo abierto;
la hoguera viaja, el norte está maduro...

Dios ensancha los diques de su puerto,
y, antisentimental, a su conjuro
lo cósmico se afince en el desierto.

AL VIENTO

OH viento, viento, viento;
en tu puño cabría, cabría en tu garganta
ese infinito mar bajo tu vista expuesto,
cosido de dobleces
y vestido de luz como un velero;
con decisas escodas restauras las flexibles
cumbres de los desiertos,
mas no puede acabarse en solo una jornada
obra que nos produzca un enjuto archipiélago
de aldeas, de ciudades, de metrópolis
en cuyos cascarones suene de modo inmenso
la expansión creadora de tu pulmón barroco,
ya colonizados los escarpes del cielo
en donde los humanos se agruparán el día
que absorba Dios el agua al deslizante océano.

BASTIMENTO DEL AIRE

A la memoria de Unamuno

PASÓ el zurullo que convoca el miedo.
Después, en la distancia
comenzó mi crepúsculo con el embotamiento
de la luz, y el crecer y flotar
condensándose el soplo sin devolver el fuego
como cuando nos inflan tras las grandes hazañas
o esperamos la vida en postura de feto.

Con lentitud me enrosco,
—la lentitud del tímido camello de Somalia—;
sean los ollares tálamos del viento
por diminuto que se ofrezca el día,
que la respiración hace al nauta longevo;
y vagando un instante
en la huidiza ribera del aljibe del cielo
por vía imaginaria
me desprendí camino del islote lejano,
ya tripulante miliunanochesco
de al alcubilla que impelen las garzas de la aurora
en el primer sedante clarear de su vuelo;
e islote abandonado a su fortuna
con los pastos del aire me alimento.

PIEDRA ANGULAR

ME ahuyenta lo cercano, pero no tanta altura,
no tanta altura para el agásico camello
que olfateando lo divino en Belén recibiera
abominables limosnas de silencio;
más yo sigo presente como la edad del mundo
pisando cada día con sandalias de hueso
la esclavitud... la esclavitud eterna...
el desierto absoluto, mi desierto...

Y el angustioso espacio recortó la figura
móvil de misionero.

Y dijo el misionero:

«¡Bendita roca viva que así vienes,
desnuda y solitaria, a procurar mi encuentro!
La piedra que desechan los edificadores
ha venido a ser cabeza de ángulo».

Luego

el monótono sol de mediodía
con su altamar de luz cubrió mi cielo,
mas he permanecido arrodillado;
bajo la santa sombra viviré sobre el cuerpo
y al salvar el rocío a fuer de buena planta
mi monte engalanado trasminará el secreto
que ha de cubrir de estanques,
—y de piernas y brazos— este triste desierto.

MISTERIO DEL AGUA

Aquella eterna fonte está escondida.

SAN JUAN DE LA CRUZ

CAMALEÓN ASQUEROSO DE LA SECA

EL agua, camaleón
asqueroso de la seca,
cambió en la duna sus gotas
por aires y granos de arena,
y pasado el chispichispi,
a espaldas de la tormenta
un enrejado de azogue
cruzan sus locas viruelas
como si hubiese extraviado
la forma de su existencia
sin el brillo del diamante,
sin autófagas abejas,
sin la gracia del origen
asomándose a las hierbas.

HOMBRE INDIGENTE

ESTÁ la salvación solitaria en el cielo;
gire en torno el milagro y que la rueda
de la pluma del ala de los ángeles,
cual inaudible tauro de las eras,
dé garúa impalpable por cuerpo a lo increado
sin quebrantar las leyes de la arena,
y entretanto
la acción precede al arte de la siembra,
mide la trayectoria de tus páramos
—¡ay, siempre acaban donde nunca empiezan!—
con la pausada prisa del camello
que el sobrehelecho mágico ventea,
o desplegando todas
las fuerzas que resurgen cuando se va la fuerza,
con entusiasta impulso tu vigor expansivo
irrigue con camadas y camadas de arena
que encamisen el tiempo
al indigente hombre de la isla deshecha.

Con vigor inaudito
el hambre toca el último límite a su miseria
y solo el mar le ofrece, a costa de su alma,
el puerto de salida para otra residencia;

¡el mar de prieto puño
que entre el hombre y el cielo se atrinchera!

EXPLOSIÓN A EXPLOSIÓN

TEMPERATURAS altas
calientes humos llevan.
Sí, se ha quemado todo,
todo es la ruina seca
del carbonado cuerpo.
La ínsula está muerta,
solo visible el cráter,
cupular calavera
de la masa de fuego
que dio el golpe de fuerza.
Ay, cuánta horrura extraña
sobre los hombros pesa.

¿Quién alza aquí la voz;
quién trémula la enseña
y en la rusiente costra
puede gritar, ¡Eureka!:
individuo que asuma
en sí la especie entera
o la acción a distancia
de un Lesmes de asistencia
que haga surgir el agua
antes de hacer la esgueva
sobre el tesoro estéril desgarrado y abierto
explosión a explosión, no piedra a piedra?

EL MISTERIO DEL AGUA

SI ya agotaste las anunciaciones,
si la matriz no alumbra su promesa
y no cantan las linfas que el conjuro
invitara a subir, y el agua aventurera
petrificó su cuerpo,
es que ha fallado en lo divino inútil
la previsión de la naturaleza
y con las oraciones desgarradas
luchan abiertamente las blasfemias.

¡El misterio del agua
no siempre su secreto nos revela!

CON LA INOCENCIA DEL AGUA

DESTEREOTIPANDO al cielo
para detectar su savia,
que tuvo al pez por principio
y al ave libre por cauda,
capté la gota que anuncia
como un electrón del alma,
sin volumen todavía,
compañeras de cordada.

Prospecciono íntimamente
la sunción de mi alfaguara,
—pura cantera sonora
de la inocencia del agua—,
y hallé los celestes números
en esta fuente que mana
como el aliento divino
en perenne pasapasa,
y remontándole el hilo,
bebí en vaso de su entraña
la oscuridad creadora
que nos adviene prestada,
pues debajo del barrial
alumbra el coro del alma.

Ya que en la ciencia mal caben
rebrotos de la esperanza
la luz de Adán nos advierte
con su ternura expulsada
que aunque los dioses se cambien
este manantial no cambia;
y tras los huesos del tiempo
computa las discordancias
el buen Dios encontradizo
que halló a quien no lo buscaba.

CANTO ISLEÑO

CANTO ISLEÑO

GENTIL premonición del hombre colombino,
viviente documento que no absorbió la Atlántida,
oh isleño, rozado por la hoguera,
las harimaguadas vendrán como turistas
y es otra, es otra la tarea,
pero no las olvides; son básicas y antiguas.
El volcán que ha extinguido tus recuerdos
necesita vivir, en ti se adentra
como un estriado sol que promociona
y va con llama lenta
al ocaso inclinándose
sin poder evitar la noche de su puesta.
Necesita crear los nuevos árboles
en las vagas cenizas que le restan;
y el pájaro que el aire petrifica
con sonora papera;
y las patitas de lanza del rebaño
que en mar de sombra su camino entierran;
y en el moho del cielo provisto por el alba
suscite en piedra y piedra
el sueño de la nube bordadora
que en la negra
dentadura del monte
alegremente hace brotar la selva.

¡NECESITAS crear, isleño! ¡Crea!
El milagro es posible; entre la bruma
pisar humano, de pionero, asienta
desnudos pies inmensos

que por la nada amarillosa trepan,
duros como raíces abombadas y erguidas
sobre los cascarones que todavía humean.

OH isleño, doblemente insulano,
del cielo y de la tierra,
el agua se ha escondido y no se sabe dónde
se habrá escondido, y ni aún el polvo rueda
en socarrante torbellino
o en onda inacabable de inocencia.

MÍRATE en el desierto; de fuentes emigradas
los granados escupen maíces cristalinos
con fuego sofocado por la acequia
y el reproche levanta un agua dulce
al destilarse en combustiones nuevas.
Con la constancia de los anchos ríos
transmitiendo el caudal de hierba en hierba,
al páramo descúbrele el secreto
del murmullo flotante en las terreras
con un giro lunar estremecido,
y en vez del agua, isleño, irriga con arena,
que es posible el milagro;
su forma va a expresar, no lo detengas,
que el hambre está lamiéndose las manos
y la sangre se arruga, como las chinches secas,
replegando sus fuerzas expansivas
frente al picotear de la pobreza,
mientras con cuatro mazos
sigue el camello apisonando la tierra.

HOMBRE eres,
si ayer humilde cabra escaladora y escotera
diluida en el monte empañado de nubes
para triscar exigua y dura hierba.

HOY el destino es otro: exhuma el agua;
la loma está debajo de la senda,
el pasado telúrico has presente
y pues el cielo descendió a las cuevas
afánese tu brazo por exprimir la oculta esponja
y sé el helecho que franquee la puerta
con las múltiples llaves de su sombra,
que Dios está en la chata cantonera
con el mismo reloj que en el Diluvio,
al abrochar la nube en las aldeas,
y ha de venir la hora evaporada
de mirar boceando a nuestras bestias.

EN la limitación que comba el agua
—en el mar, en la mina—,
se desnude el secreto de tu fuerza,
Cristo borró tu historia,
mas dejando el futuro para escribir la nueva.
Ya tienes Padre; es libre y eterno,
y tuya y solo tuya la faena
de alimentarle el orden creativo
al que quiere dar flor y no le dejan.

CON falo y azadón, con hijos y labores,
desde su propia nada rectifica la tierra;
¿quién sabe si está vivo el que está vivo
entre los montes y un ciclón de arena?

¡EL hombre es lo que cuenta,
oh desgarrado bermellón del fuego,
en este mar que es todavía tierra!

ELEGÍA
DEL
CAPITÁN MERCANTE

(1969-71)

A Eliseo López-Escacena y Orduña,
in memoriam.

ELEGÍA DEL CAPITÁN MERCANTE

Morir de sed de océanos...
UNAMUNO.

AL rozar la mañana
siéntese el capitán mercante enfermo;
no puede robar fondo y sin oficio se halla
de gobernar el barco que ha de salir de puerto
y que al fin, abrumado por tanta travesía,
con él conjuntamente ha ido envejeciendo
desde las primeras a las últimas aguas
en las que los guardines del timón se rompieron.

Aún sigue en los mamparos cristalinos del puente;
con tremulantes ojos color azul de fuego
mira los imbornales de ruginosa cáscara,
sucias las tracas, corrugado el suelo;
ve la revuelta estopa de vencidas estachas,
desarrumado el hueco
que entonces proveyeran descendentes lingadas,
los bandines vacíos de mareados cuerpos
y sin mudar las sábanas,
y en la toldilla no, sino en su sombra luego,
las mordeduras de las socolladas
que tensa el matafiol a tendal prieto
y luz solar gotea por su trama;
y a lo penoso destruido yendo
comprueba que no tiene vivas sino las anclas
y que a otro cauce se bifurca el tiempo

de alegres guindamainas,
hurras o vivas de los pasajeros
que aún le acarician en secuencias largas
como el mar a las rocas, miembro a miembro,
y entre la penosa represión de la angustia
y las fabulaciones maternas del sueño
desmonta la energía desde el cordal de mando
y al margen del océano
inclinase a pendol la obra desmantelada
en donde fosforece la bondad de los perros,
que hombres y barcos forman parte de igual chatarra
y es de literatura sentimental el duelo;

mas teme entrecomarse cuando ha picado amarras,
ser a extinguir volumen que uncirán a los muertos
para su transferencia al neo dios de la Máquina
desarbolado, a punto del industrial secuestro,
y sin resonancias de la oficial campana
que tañese las posas de su final de enfermo
imaginariamente
el capitán planea abandonar su lecho,
que si a doble vertiente el equipo fracasa
uno mismo ha de ser su náutico maestro:
cada ola una playa
cada tormenta un puerto.

Cual hálito que expulsa congestionado atabe
o acción de las rocosas branquias del bufadero
con su hidroestructura de arena confitada
que mineraliza sólo un instante el cielo,
ya sale capeando a la esquivéz errática
que atrae y que repele, y en el mismo escarmiento
escurre a lo cambiante la vida salpicada
de quien balbuceando indague su secreto,
y sin fijar la carta,

puja en la incertidumbre con lo cierto
en la fascinación de la orza iniciática
del espíritu libre que renavega *versus*
la inconsciente «mar recomenzada».

Con la diestra alongada
sonda el fondo marino al descubierto;
siente claro que faltan,
sin todo echar de menos,
golpes de cucharón que espumen moles agua,
y el rítmico alabeo
que remezca la cuna conductora en sus rachas,
pues continúa el hombre siendo en la mar cunero;
y apenas la normal descubierta iniciada
trabucadamente soportó el macareo
del cordón litoral sudando ampollas de agua
como espumas de luz suda el desierto,

y sobre todo, ay, lo naciente le falta,
la madre inmemorial del movimiento
que soportó a su vida las peripecias náuticas
cuyas repeticiones le llevaron tan lejos,
y ahora impura encharcada,
con lentitud reseca los envolventes senos,
oh costa de guijarros punzantes, confiscada,
donde la mar se pudre mostrándonos los huesos;
y cae dentro de sí una simiente mala
que crece y que se opone al raudo movimiento
cual siendo aún agregado en el rol de un bricbarca
el recalmán frenole al velamen su haldeo.

En la sed angustiosa de la noche del alma
que ofrecer parecía infinitos accesos
a la fuente que arranche a son de mar la aguada,
al capitán sorprenden los irredentos cuerpos,

o acaso es el piloto de algún buque fantasma
que bloquean los relieves de impracticable océano
de sequedad isleteña, donde halló Corpus Barga
el enjuto Leteo

del osario y la larva
en la momia de fuego.

¡Si al paio se pudiera continuar sosteniendo;
si acertase a dormir hasta mañana
en la adherencia maternal del sueño
conservado la imagen del reflejo del agua
del mar que no envejece!;
mas con delizamientos lúbricos del sosiego
el capitán mercante se ha colocado en facha
como piedra que busca adherirse al mortero
o patrón de falucho que al perder la confianza
en orillar la *panne* del sofocado ingenio
lo impele a reanimar las vivas resonancias
y al ponérsele en fuga servomotor yerto
como quien reanuda intérpole alijada,
relincha sin sufrir los sabores del freno,
aventando al rescoldo de la hoguera su llama,
donde el aire ventila la esclavitud del fuego;
con cierta semejanza,
pues la barquilla de la corredera
no marca el paso por no estar en juego,
el capitán retuerce las hebras de la vida
como vara de vid en el desierto
y al convertirse en luz la deserción del agua,
sumergido en niñez, con qué suave caldeo
concorde dice, a Dios dando la cara
con sed de Dios, a espera de su paisaje abierto,
en que el mínimo dios albergado en su entraña
se transforme en el Dios único verdadero:
«Cómo sin luz, Señor, todo defrauda

y sin perder la ruta la mar pierdo;
¿quién devuelve a las costas sus vereditas ácueas;
quién rellena el vacío que vibrar viera entero
y quién ha de llevarme por el cielo a volandas
detrás de la navícula del patrono San Telmo?»

(¿Se escucha la callada
reserva de Su voz, oh expresivo silencio?;
¿no pudo el capitán acogerse a las aras?)

Una ola más, sólo una ola no tendría objeto,
pues sin fondo ni fuerza
—las horas de la Cruz habían dado comienzo—
enmudece fungible la voz de la esperanza,
cuando a resultas del Amor supremo,
sin asir a la rueda del timón sus cabillas
y sin entalingarse el ferrado arganeo
antes de licenciar las trasmesnadas
de su terral derrota, vio el nauclero
que la nao por sí misma leva el ancla
renavegando con su pensamiento,
y apenas sollevada,
de luz vestida entre veriles negros,
la singladura eterna de las almas
acabó de emprender a todo ruedo,
ya inútil la tablilla de bitácora
como en énea envoltura la rosa de los vientos,
fuera del mar de móviles espaldas
que, excepto al sol —y sólo el sol excepto,
que lo mete en calor cada mañana—,
a nadie acoge nunca en su recuerdo;
ni al viejo capitán de rica historia
que acaba de morir de sed de océanos.

Marzo-Abril de 1969

LUZ DE AGUA

(1971-73)

I

A la memoria de
TOMÁS MORALES;
lo que su muerte dolió
(1921)
sólo el grumete de la voz lo sabe

RAPSODIA NÁUTICA

*Toda la mar en mí llevada como
en la urna maternal.*
SAINT-JOHN PERSE

APENAS ha puesto el sol
el rojo trazo de sangre
con que se muestra a los días
su límite infranqueable,
del mar de altura descienden
tres embarcaciones reales
que están tomando medidas
a la ambición de un gigante
con los palmitos de espuma
que a pie de proa les nacen.

De la divina cadena
de eslabones, constelantes
con cintillo de dama
en la penumbra del baile,
al idioma más humano

han venido trasladándose,
noche tras noche y adrede,
sus pentáculos astrales.

Navegar por las estrellas
compulsando paralajes
con el deseo vehemente
de la brújula exultante
y el catalejo que centra
cuanto se salga de margen,
misión propia es de estrelleros
que en el cielo deslizante
la astral peripecia miran
como por manga de ángeles
y a las imadas confunden
con los ignitos diamantes
que por su lumbre escandida
se encumbran inapelables,

no de nauceros que velen
proejando los vendavales,
muchas veces en broquel,
otras tantas bolineándoles,
si en ocasión espiados,
en muchas más espientes,
y siempre a raíz del agua
por si almenara obligare
abondo mojar las velas
para impedir que nos cacen
forzando vientos altanos
de difíciles discantes;

o al devalar nuestro rumbo
del rotero atosigante
deshojar en rosa náutica

sólo el pétalo que cuadre
a la intención del piloto
que lleve el mando, y quien mande,
a gestos autoritarios
ha de esculcar bien los grátiles,
seguir con ojos precisos
su pensamiento a los guarnes
y el giro dado al timón,
ya sea rontero, ya lábil,
para gritar –pues el grito
no rompe la lengua a nadie–:
¡Vira! ¡Orza! ¡Arría! ¡Aferra!
con grandor de antiguos cánones
repitiendo las maniobras,
si alguna no se lograrse,
para contrastar las rachas
que reta el lecho flotante;
¡y a esperar que rompa el sol
y en la espiga, tremolante,
ver la bandera que cubre
el real designio del viaje!

En la sonora envoltura
la gente empieza a cansarse
de vivir días tan vacuos
y malversar lubricantes
sin vislumbre de una punta
en la tierra infigurable.

Aislada en un mar ignoto,
durmiendo en cualquier parte
sin tener cabezalejo
ni cubrirse de alfamares;
cedizos los alimentos,
sin cerrar la boca el hambre,

corroída la esperanza
de lograr el tornaviaje,
rezonga a lo clandestino:
«Ya es bastante, ya es bastante;
¿cómo adiaremos la vuelta
si la ida es improbable
y barajando las olas
no viene a favor el naípe;
o es el año embolismal,
la luna negra quien mande?»

La tarde quedose muda,
vendrá la noche a pujarle;
la guardia del ancla entra,
los bríos van deshumándose
y empieza el hacer faroles
con luz de sus soledades
y halar de las sondaderas
que inquietan el braceaje;
y en el saltillo de popa
sin balacabuya o paje
está quien echó la raya
sobreaguando al insondable,
el punto marcole lejos
de portulano a sus naves
y busca la noche pura
a su destino versátil,
que aun admirando la norma
aprendida de Jenófanes
entre la piedra y la nube
optó por lo ilimitante.

Sin aún ver la pezolada
final del agua rulante,
—la mar de labios de arena

que sonría y no atenace—,
a boca de sombra hubo
sorpresa al rezar la Salve:
la noche perdió su lengua,
comunica en otra clave
y hasta la luna cunera
en paraselene cae
con su fumosa grisalla
sin contratinte de sangre.

Guachapeando en cubierta
a riesgo de calumbarse
cómo pasma el desconcierto,
en tropa, a los marinantes;
su destino afloja de ánimo,
temen seguir siendo audaces,
pues *la razón desfallece*
en toda cosa muy grande.

Ay, la línea del rumbo
se quedó sin amañarse
y no viendo a la redonda
las estrellas familiares,
quien impetra, ya a San Telmo,
o ya a la Virgen del Carmen;
quien, nonada de apariencia
mas de zafado carácter,
ofrece llevar exvotos
al santo que encuentre antes;
quien ve surgir isla a isla
en cada mancha distante
todo el oral archipiélago
de lomos cartografiables;
quien pide a Dios alfaqueque
que de este baño lo saque

por miedo a verse invadido
de los humores pecantes;
quien –araña enloquecida–
bajó en brandal sin ramales;
quien puso pie en los tojinos
por los que subiera al viaje;
quien, gime:

«¡Si aquel barquillo
hoy viniese a marinarme
para andar a la relinga
entre proeses y amarres!»;
quien recuerda las fusentes
de su río en los menguantes
y llora con mucho arroyo;
quien, baldona a quien lo mande
tornar a su cuartelada
y hay quien destripa el lenguaje
siendo las malas palabras
sus herramientas cortantes.

Mas sobre el vario lamento
se impuso la voz de alguien
que desnortado hace días
maldijo al mar.

Escuchadle:

Oh tú, mar provocador
de aventuras demenciales
con caballos de madera
y sin puerto en que aferrarse;

por no seguir esta vida
de acosados animales

como a corcel alteroso
que se tiende galopante
y con fuerza alfana purga
su plétora de espumaje,

cualquier día entre los días
quién pudiera flagelarte
con el látigo de Jerjes;
tensar la piel de tu aguaje;
desremolinar tus gallas,
cubrirte de cardenales
acentuando hasta el botella
tu color verde guisante,
y apretada la maniota
que inmovilice el arranque
a tu mundo en movimiento
y encapote tu despape,

como a medusa en la arena
derrotarte, derrotarte,
y a punto de salsa nieve
trizar todos tus cristales
en la tierra salitral
que al pisador desembriague
*y dé cuerpo a tu cuerpo el reposo
de los sueños minerales.*

Pese al relevo de estrellas,
que vieron los tripulantes
cual si agotado el empíreo
necesitara un encuarte,
la noche sigue su vuelo
con la emersión de otro enjambre
que repobló el colmenar
en las praderas del Ángel.

Paciendo diurnos escombros
del seno vivo en que yacen
las olas anuncian cambio
proceloso al repuntarse
desenredando cadejos
a la maraña albicante;

y peinan canas a saltos
en las moñas de sus ápices,
se sostienen hombro a hombro,
se intercambian, y al mudarse
rolando buscan la tierra
sin hurgar profundidades
con sus vueltas de carnero
recíprocas y habituales;

mas el viento, interponiéndose,
sus fuerzas hondas sustrae
como al trigal el pedrisco
a la sazón de grillarse
y empieza a danzar el agua
un saltanero agobiante
de apresuradas cadencias
de las de salto y encaje.

Collado viento se agita,
y desvolvedor del viaje,
cascarrón ha provocado,
cual simún, incorporándose,
lo que nube de langosta
enfilada de levante:

un barlovento de bores
de floración espumante
que por capricho de Dios,

sin que lo acosije nadie,
en un continuo zig-zag
despliega el ser de los mares
cuyo vaivén, salpicado
de estremecientes calambres,
a molde perdido saca
en las concavadas naves
la V de las amuras
con costras de sus adarces.

Pronto las embarcaciones
danzarán el mismo baile,
pues la flota, sorprendida,
manteniendo afronta el trance
de contender con el mar
derechos de marinaje;
escobenes avizoran
en los belicosos branques
de abangados espaldones
que restriega el oleaje
en las tres naves de cruz
decisas a capearle
al modo de hipogrifo
bandeador de tempestades.

Henchidas las velas áuricas,
que distan muy pocos cables,
al husmo las hacaneas
hinnibles y resoplantes,
con sorprendente vehemencia
a locos saltos se salen
del equino mascarón
que el bauprés suelta al combate
dejando la cebadera
que a su sombra se desmaye,

y cual mordidas del tábano
se arrojan, y empenicándose,
las quillas con su alefriz
responden al acicate
tras sacudir las cernejas
sus cuellos de maderamen.

Los pechos van a partirse,
y destemplados adláteres,
a estribo corto los foques
por triplejas incorporanse
y con espuela hilachosa
pican ansias crepitantes,
—así a la hierba de cuajo
las caballetas voraces—,
logrando al primer envite
apremiar al apremiante.

En vez de polvo elidieron
los hipocampos contráctiles
y aunque a serrucho dividen
las ondas por sus mitades
con la tremenda energía
del poderoso espadarte,
a estribor como a babor
se delizan, descolchándose
por el tablero excavado,
a barrisco y agolantes,
dos trenzas desadujadas
de longura inmensurable,
pues el mar, como la noche,
sobrevive a su rodaje,
¡lumbre de eternas favilas,
eterna fuente espumante!

No son murallas de paja
los obstáculos que salten
cabeceando frenéticas
las embarcaciones reales
e intermitentes sus bríos
se las ve desaquellarse
sin nervio en los corvejones,
sin cabos en que apoyándose
la cara den a las olas
y al viento den sus ollares
como potro que hace chazas
y corveta, o piafante,
capta capitosos rastros
de lejanos hipomanes
con majestad soberana,
a punto de bronce casi;
mas abre una travesía
cuando andantino se evade
y logran sus herraduras
sellar las sendas que pasen.

Que la lucha es desigual
lo barruntó el delirante;
frente hicieron sin fortuna
contra la tormenta alzándose;
golpes de mar, no fortuitos,
se embriagan; con sus vejámenes
las tres se quedan tiznadas
de enarcados albayaldes
que con piernas imperiosas
bloqueando están sus calces.

Qué plumazón dispersada
en el mar acumulándose;
qué medrosos tornasoles

se desprenden sin rescate,
frutos del iris frustrado
que ya está desentramándose.

En contiendas decisivas
no basta con el coraje,
y aunque el mar se desmenuce
mellando los tajamares
en complejísimas bocas
de arremolinados cálices,
con atributos de azogue
por gropúsculos renace
su muchedumbre dispersa,
Fénix del agua englobante,
y sin un desliz, entero
a sí mismo reemplazándose
al antagonista agrede
en feroz dale que dale
como al caballo la res
con querencia a desventrarle.

Qué fabuloso poder;
qué enarmónicos relances;
qué sucesión de borneos;
qué embestir precipitante;
qué revitar los delgados
contra el patoque estrechándose;
qué tumbos de esponja dan
con sus cuerpos repinantes
a busca de paso en la
gran ola de Hokusai;
y al retroceder airado,
qué ausoles líquidos abre
englutiendo sus rehojas
resón de aguas primordiales.

No puede humano poder
en tu undumbre aglutinante
dejar rastro permanente,
ni aun desmesurando su arte,
oh masa negra eruptiva
en que más viento no cabe
y con saña reprocesas
tus islas itinerantes:

el abra les encapillas,
y cada vela, en su estay;
el estanterol desarmas,
emplumas la coz al mástil
y algo alcanzan las enchinas
que soplaron los flechastes.

Das la gruesa del caudal
a la roda y al codaste
y de sotavento arronzas
a las prospectoras naves
hasta burlar su gobierno
con los luazos que impartes,
y suben, bajan, resuben
la tormenta que las barre
bajo su opresión gimiendo,
como Sísifos acuátiles,
con la voz de la madera
a pujos con el velamen.

La tripulación rebota
y tal vez sirvan de raque
a los peces carniceros
los despojos del desastre;
apenas rige al timón
el galdrope concertante;

sin la sarsola de Dios
que achique aína el aguaje,
medio averiadas las bombas,
las dalas inoperantes,
imposible es predecir
si lograrán adrizarse,
si se amainarán las velas
que están descalandrajándose
o se sigue a palo seco
y se adoba el gobernalle,
o se deja derrelicto
que alguna prosiga el viaje,
aunque se trastorne y ponga
su espina dorsal al aire,
o acostadas finalmente
pudiérase apedazarles
para futuras derrotas
con más benignos embates
sobre el agua serenada
de la mar inmanejable,
pues como hachote aventado
con xanta luz sombra esparce
asiniestrando su moco
la cámara donde arde,
que si la ilumina un palmo
la oscurece retrechándose,
la ciega fe que portaban
los primeros trasatlántides
tremulante se desmolda
igual que cera conflátil
porque absorbiendo temor
sus ánimos contagiabiles
las bermejas cruces toman
por calvario itinerante;
mas no virarán de bordo

las comprometidas naves
porque el mando les ordena
que singlen sin desmarcarse
la misma derrota incierta,
aunque mar y cielo cambien,
y por nada de este mundo
se dará contraviraje
si no se ofrenda a los reyes
oro e indios doctrinables.
¡Qué sería de la madeja
si la cuenda le faltase
o si en el aspa se enreda
su caballo indesvanable!

Si no adviene la tormenta
soñar fuera autobloquearse;
su voz manda a tiro hecho:
«¡Avante, id siempre avante!»,
y tras poner sobre aviso
a sus ocultos majiales
enjauló a los disidentes
en la sentina del lastre,
que el asidor se merecen
de las galeras reales,
ya que en la transfretación
hambre de espacio es su hambre
y aquilatar no le importa
bastimento ni botamen:
¡naves son de mercaderes
y de lejos el pan traen
para incógnitos paganos;
y quiera Dios que los hallen
con las mugas provisorias
de la empresa trasterrante!;

y como luz de fanal
que alumbra sin alterarse
mientras el mar se embravece
y acorta el acastillaje,
asido del barandado
aun espera casual ave
que al alba dé a su camino
la dirección ajustable;

mira el andamento incógnito
bullente en el mareaje,
la noche desconocida
que acababa de encontrarse
y empecinado en su sueño
hasta que le eche la clave
piensa en el viaje infinito
la mente del Almirante
sobre el mar inacabado
que se muestra inacabable.

C O D A

*El mundo se hace sueño,
el sueño se hace mundo.*

NOVALIS

LAS aves del mar no cantan,
solamente canta el aire
y él escucha ruiseñores
de ultramar, que están cantándole,
en la grímpola del zanco,
arpegios inalienables.

Desde el pozo de la noche
Dios sus escotillas abre
y al fin del cuarto del alba,
como si a todos hablase,
al relevo le susurra
a la marinesca, grave:

la tierra es nuestra estrella,
y escuchándole,
¡baño de sol y palabra,
espuma de alma y de carne!,
la borrasca se enternece
haciendo bicos de madre;
y devuelto a la piedad
quien no la tuvo con nadie
el mar, ¡el mar, luz de agua!
fue animándose, animándose,
en virazón ya purgada
de estremecientes calambres.

Agosto-Septiembre de 1971.

Además de los «anacronismos necesarios» que Luckás prohijara, a esta RAPSODIA se han incorporado expresiones ajenas, que por orden de aparición pertenecen a Sa de Miranda, Pierre Guéguen y Pablo Neruda, respectivamente, y que han sido compuestas en *itálicas*.

II
A D I A F A
(Fragmentos)

A Gregorio Hernández de la Herrera
más hermano que los hermanos.

ODA AL VIENTO DE FUERZA SIETE

A *Ninurta*, dios del Viento del Sur

A ti, viento del Sur, que hinchas mis velas
de humana embarcación, debo este impulso
rompedor de cadenas, cuando estaba
sin aire mío, cielo mío, mar mío
y era una nada del espacio muerto
clavándose en la sombra
que anonadó la ausencia de los límites.

En espera del golpe de las hachas
conmigo arrastro infortunios de hombre
y aun librado en la quilla que me eleva
para hacer propio el curso del peligro,
con tu soplo de urgencia
desnudo el navegar de su naufragio
y piso, con pie enorme,
la resistida majestad oceánica.

Haciéndome inestable, ahora respondo erguido
con la cruz de las aspas amurándose a un largo

y estoy viviendo la vida que se escapa
sobre la muchedumbre incruentamente
por llevar la memoria de la espuma
al hambre de ceniza en que me arriesgo,
oh plenitud propicia de quien puede
ya transformarnos con placer futuro.

Sintiéndome tirar de las raíces
no tengo sino a ti, viento albicante,
y pues las alas del vencido
y las del victorioso son las mismas,
en tu mundo de dioses
consérvame mi ser y mi congoja
palancando los hoyos
de cuantos dinamizas cerros de agua
que van y vienen
con sus transformaciones procelosas.

Alas da el aparejo, mas no eternas,
y hacia la undosa libertad impulsado
hoy, que a mi escala temporal navegas
y a mi aventura pones tu máscara en secreto,
de tu sonido escojo la dulce voz del ángel
que sin mas miembros que su alma toca
la revelada conexión de un cosmos
del que no puedo penetrar su origen
desde lo externo de su bella forma.

Y en el crujir de los costados de mi navío delirante
que amenaza invertir como a reloj de arena
la imagen de mí mismo,
presiento en cada onda una bahía
mientras llega la noche; y en la noche
la verde luz vendrá que abre los puertos.

AY, CADA QUILLA SURCA UN MAR DISTINTO

A Juan Sosa Suárez

AY, cada quilla surca un mar distinto:
músicas, martilleos,
iridiscentes capas de oro negro me anuncian
que ha llegado el final de mi crucero.

Blanca espuma, agua verde
emanan alegría sin ventilar los celos,
pero tú, en un salto de luna que te encubre,
me recibes poniéndote la máscara del puerto.

MAS MI AMOR NO ANALIZA

A Plácido Fleitas

CON la nomenclatura del lenguaje de trato
las hélices recrean fugitivos senderos;
sobre el abismo propio
mi corazón madura la llamada del tiempo.

Zarpando en majestuoso orden operativo
angustian mis insomnios, cual el grueso
de flota desplegada a una misión incógnita,
las palabras en fuga que rebosa el recuerdo;
y ahora, al abrir los ojos
a media libertad, libres de peso
que azuza la memoria con premioso inventario,
como al final de un puente reconocido encuentro
la procesión exótica en que desfila el mundo
del puerto franco miliunanochesco
que en cada chimenea va narrando una historia,
y la encendida brasa del carbón, un secreto:
HH. blancas y negras, federales, paquetes,
piononos, verdinos, petroleros,
concordias, lirios, castles,
los del ancla, del palo y de los picos,
los Yeowards y los Thorensen anexionando huertos;
los “arramblados” del hampa:
cómicos, colorados, estrella azul, y luego
el material humano, individual o típico
que otrora fuera anónimo maestro
al escoger los ángeles en cada nebulosa
para orbitar la tierra de espíritus aéreos.

SALTEN CONMIGO A TIERRA LOS PIES
QUE SÓLO PISAN

A Luis y Antonio Suárez Morales

SALTEN conmigo a tierra los pies que sólo pisan
la carga mercantil transportada a secuestro;
gozosamente miren
bazares trasplantados del oriental extremo,
el rodete y la falda de los indios del bombo
sin repullo facial, y libres del impuesto,
marfiles, joyas, sedas, porcelanas, perfumes
y los quimonos mágicos de los fetiches de ébano;
y la danza y la copa, la dueña y la pupila,
la carne y el puñal, la lámpara y el sueño
para elegir la bestia del carnaval pagano
en la sentina humana que esconde todo puerto;
el bien con mal mezclado
que viaja en el errante rumor del universo.

GÁNIGO DEL SILENCIO

A Fernando González

PUES empezó apagándose la vida cotidiana
y es imposible a ciegas continuar el sendero
en ti, Isleta inútil que sublimó la llama,
gánigo del silencio,
con ensanchada búsqueda vendimiará mi gozo
las uvas mal pisadas que exprimiera el incendio
porque es quebradizo el rumor de las olas
y el mar es para el alma un cristal sin secreto.

Con la simplicidad creadora del mundo
igual que Dios las ama, amar las cosas quiero,
mudas como las hierbas que en tu recinto nacen
junto al vaso vacío, la ceniza y los muertos;
y al ceder la muralla de tu malpeis hidrófago
dándole hogar sin ruidos al silencioso cuervo
absórbanme las parcas deslizantes la huella
de la muerte, aplazada desde mi nacimiento.

¡Para que reflorezca mi óbolo de carne
necesito la tierra donde enfundar mis huesos!

ÚLTIMA NOCHE CONTIGO

(1976)

In memoriam uxoris

*Gracias al amor sentimos todo lo que
de carne tiene el espíritu.*

MIGUEL DE UNAMUNO

¡Cuando cesa el beso, brota el canto!

PAUL CLAUDEL

I

ÚLTIMA NOCHE CONTIGO

[23 – 1 – 76]

EL ser que mejor quisieran
mis plenas ansias cordiales,
pues juntos envejecimos
como Filemón y Baucis
los frutos del pasado,
siempre novia, esposa y madre,
siempre autorrepetidora
en su río de un solo cauce
con Eros y Ethos, riberas
carnales y espirituales,
ha dejado de existir
hace nada;

nada hace
que apagósele el cantar
al agüío de su sangre
sin el reclamar recíproco
de la amorosa sintaxis.

Del mismo modo que al árbol
hiende chispa centelleante
la parca silenciadora

fulminó: «punto y aparte,
ella en su segunda cuna,
con las raíces tú al aire».

La unidad de la pareja
—fábula o piadoso fraude—
siente aflojar de improviso
la unión de entreambas raigambres
que puso al arbusto en pie
y al nido a brazo de árboles.

Tal cual te lo digo la dije:

«Ay, Muerte, y así deshaces
y hielas la llama viva
de luz de mi acompañante;
aunque al corazón del mar
ríos y montes traspases
o a la Tierra, tumba viva,
pusiesen losa los mares,

polvo harás de nuestra obra,
pero polvo enamorado;
no lo expugnaré tu finta
manteniendo a punta de iceberg».

Con dolor sobre dolor
que a mi soledad le abre
un desaliento inaudito
de lutos irreparables

opté por no intervenir
en el eterno debate
sobre el Amor y la Muerte,
el Espíritu y la Carne,

cuyas células contienen
pizca de átomos astrales.

De la Muerte primogénito
a si Dios pide Abel paces
y andando en zancas de araña
perdí ocasional embarque

porque los sueños son vanos
si no se escriben con sangre.

¿Capitulación? Tal vez
solo que *cum grano salis*,
bebiendo el vaso de sombra
de parejas soledades

y como silbo de tren
sigue un fragor de abordaje
que los carriles desvían
a los campos o a las calles,
en mi concha de silencio
guardé el temblor de su carne;

mas el ruiseñor interno,
sobreponiéndose al trance,
adicto al mito sacral
y temoso del lenguaje

logra unirse al alma ausente,
sin armónicas sexuales
la lleva en la sonochada
a su población de ángeles

y endechando a la sordina
blancas lumbres, mudos aires,

con embeleso de idilio
transubstanciando en imagen,

soñando hacia atrás, bebiendo
solo sueños saludables
en las fuentes de Epidauro,
entre abstinencias verbales

poco a poco la conduce
hasta la miel de su enjambre,
más allá de los espejos,
del azándar y del cáliz,
bella en su muerte andaluza
cual las magnolias del Parque,

que aunque con rostros seráficos
si a los suelos ajenos caen
en su desnudez final
sin un piropo de sangre,
nevado calor florece
la blanca luz de su imagen;

¡y cómo mantiene aún
el candor reverberante,
o gongorizando a ciegas,
sus *otoños de azahares*!

Todos los ángeles son
—¡amor mío!— un solo Ángel;
y vuelve su pulpa humana
con aterrizar de ave,

recién nacida al afecto
a luz del cometa Halley,
virgen de nuevo en la tierra

con que retroalimentándome
volviose a pelar la pava,
yo intonsamente ruante,
ella echada en el alféizar
doblando su esbelta imagen,

y entra el querer por los ojos
sin roce o peso de carne
limpios los suyos, los míos
cual los pintó Ángel Olarte,
transbordadores de amor
hacia un día inacabable...

pero el día se acabó;
¿es la muerte un desenlace;
se avendrán con sus espejos
los descendentes semblantes?

Fuese alejando su orilla,
estela enjuta es el cauce
y mientras remuerdo el ágamo
para contener un ¡ay!,
abroman los ojos míos
porosamente humectantes
—¡última noche contigo!—
un velo de agua que cae
y en pos de puertos de gracia
corre al Mar de las Verdades.

10-IV-76

II
COMUNICATIO INTERRUPTA
[24 – 1 – 76]

LEJOS del mapa de ruidos
aparéjame en tu in pace
mi navícula de mármol
en este Puerto de Mármoles
que asienta en un mar de cruces
su fondo retestinante,

con que al final de mi pena
zarpando para ese viaje
pudiéramos algún día
saber lo que no se sabe
pues saberlo sin pecado
solo tras la muerte cabe,
yendo en tu Santa Compañía
con lemniscata incesante

cuando volvamos los muertos
a suplir en los hogares
la ausencia de cuantos hijos
ocupen nuestras vacantes
sin que nos abran camino
las bengalas de la carne,
¡qué infinito en pie de amor
fuera el 8 de tu calle!

20-V-76

POSTÚLTIMA

Breve Antología Inédita

MINA

PARA que vuelva un día desde adentro
guarda el secreto de tu vida; esconde
la semilla del árbol que guardaste
en las entrañas de la selva fósil.

Los pájaros dirán al aire nuevo
lo que hoy no puedes expresar, y entonces
el no escuchado sacrificio pueda
su destino cumplir en cada brote.

La muerte anuncia al hombre venidero
y encorvada, para evitar un roce,
el agua entorpecida se libera
y con barjuleta de los forzados corre.

1923-62

YO soy como la espiga que madura
un desorden de luz, y arrebato
elegidor del cielo, no he buscado
el helechal que acrezca la ventura.

Con abierto descuido descuidado
de la más provechosa coyuntura,
me enervó la incesante calentura
del sueño; lo vivido es lo soñado.

Quiero variar de condición en vano;
como a la duna que apartó del viaje,
tenazmente lo impide el océano.

Sólo me resta espabilar la mano
y hacer en propio espíritu el drenaje
que me alumbre la fuente de lo humano.

ESTOY desesperado
de tanto amor inútil y desligada arena,
de los bolsillos llenos de versos empezados,
del embozado sol que escalda como un sueño
y del buzo que mira con ojos de naufragio
al pozo convertido en ataúd del agua
sin que el motor remache el silencio del campo;

de ver como retoñan números las simientes
en las reglonaduras que nadie ha cultivado
mientras en tierras ruines se alicae la espiga
que a la lluvia no pudo tocar con propias manos;

de ver cargar al monte la cruz de su pobreza
sin que los pies le alivien las lunas de los charcos
y a los muros caídos bajo el techo de escombros
y en ausencia forzosa las ubres del establo.

Con la terrosa faz del hombre enfermo,
del hombre que cojeó en el fango,
soy un desconocido que duerme a la intemperie
por convertir en islas los rimadores labios,
sin despertar a nadie con un vómito de agua,
seco como un relámpago
de la inaudita tempestad lejana
pero, además, como el monte, llevando
no tan solo mi cruz, sino su idea
que es cargamento mucho más pesado.

1939-52

ESTOY lleno de ti, como del zumo
que aviva la existencia y después mata
con la ferviente madurez caída
la pudorosa perfección lograda.
En la igualación de vida y sueño
su gloria encuentra el ser; y cuajan
la luz moviendo el aire de la tierra,
formas distintas de otras puras ansias.
Nadie sintió llegar el desconsuelo,
temido al acabarse la jornada,
porque a la perfección nos dirigimos
e inventando el amor y su plegaria
galopa la alegría sin promesa
y extiende el mar donde navega el alma.

1940

BALADA DE LA CUEVA

LA cueva,
la cueva tiene un límite, el silencio
que oculta desteñido entre tabaibas
y el silencio es la hondura del espejo,
el brote de la luz por las tinieblas,
el odre que curte la sed para el desierto,
la siesta de la música,
la niñez del guijarro que aspira a llegar lejos,
la memoria del sol en los terrones
y la muda piedad ante lo feo.

En la cueva,
lo que habita en la cueva es el misterio;
cuando se desmorona
las empolvadas maragullas despedregan sus miembros
y con la vitalidad que el monte hunde
se precipita en el barranco un sueño.

1940-62

SOBRE LA CAL DE MIS HUESOS

SUMERGIDO en la tiniebla
que disuelve al extranjero
sentí llegar las galernas
inventoras del océano
a nuevas tierras surgidas
sobre la cal de mis huesos,
y al mostrar las trece llagas
de mi mágico archipiélago
vienen ángeles de ayuda
con invisibles aperos
y dan forma de volcán
a las pocetas del huerto,
mientras teja mi mortaja
cual lisote del estero
y esté el alma de servicio
en lo profundo del sueño;
y como no es impotente
ni aun el fervor imperfecto,
se abre sola la plegaria
al asar la pascua al fuego
y con vibración gastada
escucho al mismo jilguero
que en un siglo de esperanza
San Amaro estuvo oyendo.

1940-65

BALADA DE LOS ABORÍGENES

ME buscan, me hacen señas los padres aborígenes
que están aún en el alma apontocados,
pero nunca los he sentido escalar las entrañas;
como si fueran de humo, no consigo alcanzarlos
en el panal de cuevas que las cumbres ocultan:
las fibras de su eco las trenza otro barranco.

Pero allá en lo remoto de mi niñez sin yugo
mi voz sin verbo, autónoma, que tiene cientos de años,
con vela de fortuna dio caza a sus vestigios
y navegó los rastros
que de la nada vienen y a la nada retornan
a cada nueva fecha que expulsa el calendario;
y, aunque la sangre suele deponer al espíritu,
sus cuerpos no descuelgan del islote vedado
que descubre el colmillo milagroso del agua
o la espuma del fuego floreal, el geranio;
y por bañar sus miembros de inmortales placeres
descienden en la noche los sueños más lejanos.

Con vivientes silencios arropad su retiro
y que nadie ose venir a despertarlos
pues no han de bajar nunca a reponer su anona
para el sibil abscóndito donde sosiega el grano
fraterno de las sombra,
porque cuentan sus horas de reposo los cráneos
de quienes al Padre puro sin esfuerzo alcanzaran
en la ardiente tabaiba que presencié el contacto,
y un día entre los días, que el reloj de la sangre
atrás volvió la sombra de sus grados,
igual que las retamas que miran los volcanes
perecieron jugando;

y otra oreja recoge al ordeño de cabras
el silbo que la leche dio al silencio del gánigo.

1949-62

BALADA DEL BARRANQUILLO

ME cansa este vivir en subjuntivo.
A lo anormal me vuelvo, a la expansión sin tregua,
al bergantín que extraen los delfines del tránsito,
a la postal botella que tropezó en las olas,
a la oquedad que nutre a los desheredados
y a la noche infinita que retumba en las rocas.

De arrancada me marchó
lejos de aquí: a la nube,
a mi ciudad de estrellas con litoral volcánico,
a la lluvia sublime que desparrama el cielo
y asegura las manchas de la hierba despacio.

A lo anormal me vuelvo,
a evaporar lo mío hacia altares de santo
y ausente de lo ajeno defender mi contorno
como el humo que asciende sin pretexto de rastro.

1950-62

QUE DISUELVE LA PIEDRA Y PETRIFICA EL BARRO

A las cosas sumerge lo invisible
de la noche, oh espiritual contacto
con las formas que crean estructuras distintas
a los musgos ternísimos que se llenan de mármol
en una creación de ola glorificante
que a la piedra disuelve y petrifica el barro.

1950-63

AUTOCONFESIÓN (Paráfrasis)

A Ventura Doreste

DEJÉ de ser pirquinero;
oscura la sola mina
que aun a los alcances tengo
no bastas, linterna sorda,
para seguir extrayendo
en el hondón de mi cuenca
hallazgos de su venero
y con tu luz mortecina
arranco sólo reflejos
que se evaden de la forma
sin darles el indumento
necesario a su belleza,
y así el suyo es no tenerlo;
mas la edad ya descompone
las ansias para el esfuerzo
y en mis pobre galerías
soy el único minero,
no por soberbia, por ser
quien único quiere hacerlo;
y al cerrárseme los ojos
sentiré, que aun entremuerto,
desaparece conmigo
mi personal yacimiento,
en el aire los papeles
que abarcan todo mi tiempo.

Si yo no los recordara,
señor, que sería de ellos,

cuando el agua removida
del mar, hasta ayer inmenso,
más que arena de cribar
es hoy polvo del desierto.

ÍNDICE

LECCIÓN DEL POETA	9
ANTOLOGÍA PRIMERA	13
EDICIONES DE OBRAS DE PEDRO PERDOMO ACEDO	25
BIBLIOGRAFÍA	27
1.- PRIMERA ESTANCIA MADRILEÑA	31
[El tren entra en agujas con su torre de humo]	33
Cátedra de Ortega	34
Visita	35
Pombo	36
Museo Pedagógico	37
[No le contéis aún las horas]	38
[Entre aurora y ocaso]	39
[Que sean mis versos poesía directa]	40
Presencia de J.R.J.	41
[Me limitaste, oh vida, lo infinito]	42
[La simetría de la lluvia]	43
Presencia de Valle Inclán	44
[Monotonía]	45
[Cintura de mujer, ay geometría]	46
[Cuanto tiempo ha pasado para poder llamarte]	47
[Tu tierra de isla pura mi corazón eleva]	48
[Yo también he albergado]	49
[Extrañamente silenciosa]	50

[Capilla ardiente]	51
[Al nivel de las vidas más humildes]	52
[Como de memoria]	53
2.- PRESENCIA EN PRENSA	55
Por la vía del tren, para acortar la ruta I, II y III	57
El reposo	59
Oh cuerpo material, cuerpo robusto	61
Itinerario de la soledad I, II, III, IV y V	62
El ritmo	65
La voz y el eco I	66
Poemas de flor y fruto I, II, III, IV, V	67
Verbena	69
Poesías, I, II, III	71
Un, dos y tres poemas	73
Fanal rojo en la noche	75
Soneto momentáneo	76
Grave isla sonora	77
Verso 1, 2 3	78
3.- LA MUERTE IMAGINADA	79
I [Con el cansado pie sobre el estribo]	81
II [¡Morir de pronto! Pero, vida, no]	82
IV [Remo uncido por mí siempre a su estrobo]	83
VI [La nave de Caronte emprenda el viaje]	84
4.- EPITALAMIO SIN FIN	85
I [Yo te bendigo, amor, porque en la muda]	87
III [Por vez primera, amor, has traspasado]	88
V [Pues que en mi carne tu ternura siento]	89
VI [Ya me punza al costado tu latido]	90
IX [Permíteme, mi Dios, que te devuelva]	91
5.- AVE BREVE	93
I	
Balada del enamorado	95
Balada de la penumbra	96

Balada de lo inefable	97
Balada de la guagua	98
Balada del sueño de una noche de agosto	99
Balada del viernes	100
Balada de la angustia	101
II	
Balada de la indiferencia	102
Balada de la media naranja	103
Balada de la sonrisa indescifrable	104
Balada de las estrellas desprendidas de los ojos	105
Balada de la ausencia	106
Balada de la búsqueda	107
Balada de lo irremediable	108
Balada del desengaño	109
III	
Oda a la madre	110
Balada de las once de la noche	112
Balada del remolino en flor	114
Balada del tiempo que habrá de volver	115
Oda a mi ruiñeñor	116
Balada del espíritu	118
6.- CABALLO DE BRONCE	119
Alba.	121
Eternidad	122
Nocturno invernal con luna	123
Fiebre	124
Angustia	125
Balada de la infancia sin río	126
Inhibición	127
Caballo de bronce	128
Trompo de música	135
Patria eterna	136
7.- RECITADOS LANZAROTEÑOS	137
Abomaso	139
Jameo	140

Cenicero	141
Piconera	142
Alarma	143
Pirata	144
Semejantes al metro	145
Oda a Lanzarote	146
El camello del amor	149
Partida	150
8.- VOLVER ES RESUCITAR	151
CIELO DE IDA	
Oda espacial	153
Mientras los microscopios...	155
Ascensión	156
Llevando estoy tu nombre por el cielo	157
Hogar aéreo	158
Obstentación	159
Elevación	160
INTERMEZZO TERRESTRE	
Yema de sombra	162
Recalada	163
Ave de estación	164
Planetario	165
Canario cautivo	167
«The man in the street»	169
Elegía naval de un sábado demente	170
CIELO DE VUELTA	
Avión de línea	173
A la llamada justa de la estrella que miro	174
Retrovisión.-I	175
Con las rígidas alas del transporte moderno	176
Tu patria	177
Con mi ánima nueva repatriada de pronto	178
Dulcemente navegamos	179
Retrovisión.-II	180
Cielo repuesto	181
Eternidad	182

Pero dinamizamos solamente una estrella	183
Gloria terrestre	184
Mar migado	185
Habiendo sido ala sin dejar de ser tierra	186
Patria isleña	187
Terminal	188
9.- ESQUELETO DEL AGUA	189
EL GALLO INCANDESCENTE	
La erupción que vendrá	191
Falso silencio	192
Calvario	193
No están ociosas las lavas...	195
Picón	196
Presencia del Ángel	197
Ya tiene patria el humo	199
BAJO EL SIGNO DE KARDAS	
Como los dromedarios conmociones presiento	200
Camélidos	201
Salmo LXVIII	202
Al camello	204
Motor de sangre	205
ESQUELETO DEL AGUA	
Con canciones de arena	206
Con un grano de arena	207
Sirena del Desierto	208
Lo cósmico se afince en el desierto	209
Al viento	210
Bastimento del aire	211
Piedra angular	212
MISTERIO DEL AGUA	
Camaleón asqueroso de la seca	213
Hombre indigente	214
Explosión a explosión	215
El misterio del agua	216
Con la inocencia del agua	217

CANTO ISLEÑO	
Canto isleño	218
10- ELEGÍA DEL CAPITÁN MERCANTE	221
Elegía del Capitán Mercante	223
11.- LUZ DE AGUA	229
I	
Rapsodia Náutica	231
II ADIAFA (FRAGMENTOS)	
Oda al viento de fuerza siete	248
Ay, cada quilla surca un mar distinto	250
Mas mi amor no analiza	251
Salten conmigo a tierra los pies que sólo pisan	252
Gánigo del silencio	253
12.- ÚLTIMA NOCHE CONTIGO	255
I Última noche contigo [23-I-76]	257
II Comunicatio interrupta [24-I-76]	262
13.- POSTÚLTIMA	263
Mina	265
[Yo soy como la espiga que madura]	266
[Estoy desesperado]	267
[Estoy lleno de ti, como del zumo]	268
Balada de la cueva	269
Sobre la cal de mis huesos	270
Balada de los aborígenes	271
Balada del barranquillo	273
Que disuelve la piedra y petrifica el barro	274
Autoconfesión	275
ÍNDICE	277

